

Documentos sobre política exterior y estrategia de los Estados Unidos

Los documentos que publicamos a continuación se inscriben en el marco de la discusión acerca de la seguridad nacional y la política exterior de los Estados Unidos. Hemos seleccionado las intervenciones de Caspar W. Weinberger y George Shultz ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado (3t-t-85), y un texto gubernamental sobre la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica, más conocida como “Guerra de las Galaxias”.

Los tres materiales están destinados a lograr, por parte de la administración Reagan, un grado de consenso que le permita llevar a cabo sin mayores obstáculos la política de fuerza que se ha propuesto en su segundo período.

DECLARACIONES DEL SECRETARIO DE DEFENSA ANTE EL COMITÉ DE RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO

(31 de enero de 1985)

Señor Presidente, miembros del Comité. Les agradezco esta oportunidad que me brindan de reunirnos hoy para analizar los principios y los objetivos de la seguridad nacional de los Estados Unidos. Permítaseme, en primer lugar, manifestar cuán loable considero el que este Comité haya convocado estas sesiones encaminadas a fortalecer el consenso en torno a la política exterior norteamericana. En una nación fundada en el consentimiento de los gobernadores, el apoyo de un público informado es parte esencial del éxito a largo plazo de las relaciones exteriores. Por ello, al laborar en pro de la cristalización de un consenso nacional más amplio, este Comité contribuye a dar impulso al compromiso político que, junto a nuestras capacidades militares, constituye la base de nuestro poderío nacional.

La base más sólida para la construcción de un consenso sobre política exterior es el propio carácter norteamericano: nuestros valores, nuestros rasgos, nuestro espíritu. Si revisan la política exterior de la administración Reagan, estoy persuadido de que hallarán que la misma refleja lo mejor del carácter norteamericano, en especial nuestra continuada búsqueda de paz con libertad. La estrategia de seguridad nacional y las políticas de defensa de los Estados Unidos sirven de apoyo a los principios más generales de nuestra política exterior mediante la salvaguarda de nuestra nación y la preservación de nuestros intereses vitales. Nuestros intereses nacionales básicos han permanecido constantes durante el período de la posguerra.

Ellos son, en términos generales, nuestra determinación de sobrevivir como nación, de ser libres para continuar nuestro modo de vida, de preservar y fortalecer la comunidad democrática de naciones y de vivir en un mundo estable donde reine la paz.

LOS RETOS PLANTEADOS A LOS INTERESES DE LOS ESTADOS UNIDOS

Pero si nuestros intereses nacionales han permanecido inalterables, tampoco ha cambiado el reto fundamental planteado a los mismos por los objetivos y las ambiciones de la Unión Soviética, ni el poderío militar que los posibilita. Los profesionales de la noticia disfrutan, naturalmente, especulando sobre cuán drásticamente puede estar cambiando, en un momento dado, nuestra relación con la Unión Soviética. Les place tomarle diariamente la temperatura a esta relación, y anunciar congelamientos o deshielos, nuevos períodos de guerra fría o de distensión.

Pero deliberada y adecuadamente, este Comité ha decidido mirar más allá de los titulares del día y concentrarse en los principios esenciales —y los dilemas a largo plazo— de la política exterior norteamericana.

En la medida en que lo hagan, pienso que verán que los elementos más importantes de nuestra relación con la Unión Soviética han permanecido constantes, o bien han cambiado a ritmo muy lento durante los años de la posguerra.

La represión soviética se ha hecho más sofisticada, pero la vida del pueblo soviético no se ha trocado “mejor y más alegre” como prometiera Stalin en cierta ocasión. La ambición de los líderes soviéticos de extender la influencia del marxismo-leninismo, aun cuando carece de verdadero fervor ideológico, cuenta hoy con el apoyo de un poderío militar extraordinario. La Constitución promulgada por Brezhnev en 1977 reitera que el objetivo, más bien el deber, de Rusia es extender el sistema comunista a todos los países del mundo. Y esta ya antigua doctrina de dominación descansa en el poderío del Ejército Rojo.

Los pueblos de Checoslovaquia, Angola, Cambodia, Afganistán y Polonia son elocuentes testigos de la disposición de los soviéticos a utilizar la fuerza, bien sea directa o indirectamente a través de sus títeres, y a utilizarla sin piedad.

El presidente Reagan no se ha mostrado remiso a decir la verdad sobre estas duras realidades del comportamiento soviético. Al mismo tiempo, ha buscado activamente nuevas oportunidades para la negociación y la cooperación, y ha sentado las bases para el establecimiento de relaciones realistas, a largo plazo y pacíficas con la Unión Soviética. El Presidente ha demostrado que puede ser enérgico sin caer en la ceguera moral, que puede ser vigilante sin llegar a la beligerancia, y que puede negociar sin ceder en lo relativo a nuestros principios y nuestros intereses.

Sobre todo, el presidente Reagan se ha negado a cerrar los ojos ante los frutos de un ambicioso y sostenido programa soviético de inversiones militares.

Unida a la contención norteamericana de la década de 1970, esta expansión de

su poderío militar le permitió a Moscú inclinar a su favor componentes vitales del equilibrio militar global general. Al tiempo que afianzan su superioridad desde un punto de vista cuantitativo, los soviéticos también han mejorado de modo impresionante la calidad de sus sistemas militares y han borrado la ventaja tecnológica de Occidente.

Hace ya doce años que debatimos acerca del cohete MX, y mientras nosotros discutimos, los soviéticos emplazan sus armas. La URSS continúa probando y emplazando cohetes cada vez más perfectos en cuanto a su exactitud de tiro, y mejorando todas sus fuerzas nucleares estratégicas y desde mediados de la década de 1970 los soviéticos han ampliado su ventaja en el terreno convencional en casi todas las categorías de fuerzas, mediante la producción de los más importantes armamentos a ritmos muchos mayores que los mantenidos, en conjunto, por los Estados Unidos y nuestros aliados de la OTAN.

A fin de ejercer su poderío militar en el mundo, la Unión Soviética también está expandiendo al alcance geográfico de sus fuerzas. Hemos sido testigos del incremento de su poder de transportación militar por aire, del surgimiento de una poderosa Marina con amplio poder de desplazamiento, del desarrollo de sus bases en territorio extranjero y de la oportunista expansión de la presencia y la influencia soviéticas en todo el mundo. Hoy en día, los soviéticos cuentan con bases y puertos cerca de las mayores rutas comerciales y las fuentes energéticas del mundo, con lo que amenazan los intereses de los Estados Unidos y los de nuestros amigos y aliados.

El reto a la seguridad de los Estados Unidos se complica aún más debido al incremento de la intranquilidad política y el aumento del terrorismo internacional en muchas regiones del mundo. Los soviéticos han demostrado su habilidad y disposición para explotar esa inquietud si ello obra a favor de sus objetivos.

UNA ESTRATEGIA PARA PROTEGER LOS INTERESES NORTEAMERICANOS

Mientras los soviéticos desarrollan una estrategia orientada hacia la ofensiva, los Estados Unidos tienen una estrategia defensiva, que refleja nuestros valores nacionales. Hagamos aquí una pausa a fin de reflexionar sobre la carga tremenda que esto implica para la estrategia norteamericana. A menudo se me pide, en mi condición de Secretario de Defensa, que explique la estrategia de los Estados Unidos. Y no es raro que resulte que lo que se me esté preguntando en realidad sea que rinda cuentas específicas de dónde, cuándo y cómo podríamos utilizar nuestro poderío militar bajo cualquier circunstancia

concebible. Y si el que pregunta no recibe exactamente la respuesta que desea escuchar, declara que nuestra estrategia es “incoherente”.

Pero los planes “coherentes” para ser los primeros en utilizar las fuerzas militares son el lujo del agresor. El destino de los que se defienden es no poder escoger el momento, el lugar o el método de ataque. Es responsabilidad de los que se defienden estar prestos para enfrentar un amplio espectro de posibilidades, que abarcan desde el terrorismo hasta el conflicto global. Nuestra posición como nación que sé defiende implica necesariamente que tenemos que vivir con un elemento de incertidumbre en nuestra estrategia militar.

Como no tratamos de obtener ganancias territoriales mediante el empleo del poderío militar, mantenemos nuestras fuerzas en posición reactiva.

Emplearemos nuestras fuerzas militares sólo como respuesta contra amenazas evidentes a nuestra seguridad y nuestros intereses. Y cuando esas amenazas pueden proceder de muchos lugares, como ocurre ante la gran dispersión de las fuerzas y el poderío soviéticos, nuestras fuerzas de defensa deben ser fuertes y capaces de responder en más de un área, quizás simultáneamente.

Sólo si disponemos de esta fuerza seremos capaces de evitar el ataque de una potencia militar de rango mundial tan poderosa como la URSS. Además, tratamos de reducir las causas —políticas, económicas, sociales— de conflicto, antes de que conduzcan al enfrentamiento armado: Nuestro objetivo es la disuasión y no el combate. Pero si la disuasión no tiene éxito, debemos estar listos para defendernos a nosotros mismos y a nuestros aliados, y ser capaces de hacerlo.

La piedra angular de nuestra estrategia militar desde la Segunda Guerra Mundial ha sido la disuasión, la disuasión proporciona seguridad al convencer a los adversarios potenciales de que los riesgos y los costos de una agresión excederían cualquier ganancia concebible. Los Estados Unidos aspiran a lograr una disuasión creíble mediante su fuerza militar, su decisión política y el empleo de la diplomacia. Nuestro poderío y estrategia militares son elementos disuasivos eficaces al hacer que el agresor potencial sienta que los resultados de una guerra son tan inciertos y peligrosos, que desaparezca cualquier incentivo para un ataque. Un agresor potencial se enfrentaría —y así lo sabe— a la posibilidad de tres tipos de respuestas inextricablemente vinculadas entre sí.

La primera es la defensa: si disponemos de una potente capacidad militar para defendernos ante una agresión, el adversario potencial puede darse cuenta de que su agresión resultaría fallida en sus propios términos. Ante una defensa de tan alta credibilidad, la disuasión resultaría exitosa.

La segunda es la respuesta adecuada: el adversario debe saber que incluso si su agresión tuviera éxito en el logro de los objetivos inmediatos, un ataque contra nuestros intereses vitales no sería aceptado sin respuesta, y que esta podría incluir una escalada. El agresor sabrá entonces que, incluso si gana la batalla, deberá enfrentar la probabilidad de perder la guerra.

La tercera es la represalia: si el adversario se ve enfrentado a una amenaza creíble en el sentido de que su agresión engendrará una respuesta que le imponga pérdidas que excedan a cualquier posible ganancia, como entenderá que no puede obtener nada con un ataque.

De estas tres fuentes de disuasión, la que resulta preferible y más confiable es la defensa, porque tiene más probabilidades de ser creíble, y porque provee protección en caso de que la disuasión no resultara exitosa.

La credibilidad y la disuasión prudente requieren de una fuerte capacidad militar. Las meras amenazas no resultan suficientes. Por ejemplo, cuando el presidente Carter declaró que la posibilidad de acceso al petróleo del Golfo Pérsico era vital para los intereses de los Estados Unidos, nuestra capacidad disuasiva contra ataques en esa región, de evidente interés vital para Occidente, era débil. Los Estados Unidos carecían de la capacidad tanto para defender los yacimientos petroleros del Medio Oriente en caso de ataque, como para amenazar con producir respuestas adecuadas en ese teatro. Por ende, uno de los objetivos fundamentales de la administración Reagan ha consistido en fortalecer nuestras posibilidades de disuasión frente a agresiones en esa volátil región. Hemos acrecido la capacidad de proyección de poder de los Estados Unidos, de manera que si los líderes soviéticos consideraran la posibilidad de amenazar nuestros intereses, serían disuadidos por la perspectiva de tropas norteamericanas que podrían librar combate con armas convencionales en el lugar del ataque.

Como la próxima semana regresaré para analizar con el Congreso el presupuesto de defensa para el año fiscal 1986, me limitaré hoy a enfatizar la relación directa que existe entre las prioridades del programa de defensa de Reagan y nuestra estrategia. Quiero subrayar que cada una de estas prioridades se considera vital en el fortalecimiento de nuestra capacidad de que la disuasión impida que se produzcan ataques; o dicho en pocas palabras, de garantizar que nunca tendremos que emplear nuestras fuerzas fundamentales.

- Disposición: Mantener la capacidad de las fuerzas de que disponemos en la actualidad; responder rápida y efectivamente a una agresión cuando y donde se produzca y derrotarla.
- Capacidad de sustentación: Contar con el suficiente parque y equipos para librar un combate convencional por el tiempo suficiente para hacer

evidente que un ataque soviético nunca lograría la imposición de un *fait accompli* ni forzaría al Presidente a escoger entre la derrota o la inmediata escalada.

- Movilidad: Permitirles a las fuerzas norteamericanas llegar al lugar en que se ha producido el ataque a tiempo, y recibir apoyo hasta que el mismo haya sido derrotado.
- Modernización convencional: Proporcionar a nuestras fuerzas sistemas eficaces, que puedan derrotar a fuerzas soviéticas, superiores en número.
- Modernización estratégica: Garantizar que mantenemos una tríada balanceada —de tierra, mar y aire— de las fuerzas nucleares con capacidad de supervivencia, a fin de convencer a los soviéticos de que podemos repostar un primer golpe, disuadiéndolos así de efectuar un ataque.

SI bien todo nuestro programa de defensa está encaminado a apoyar nuestra estrategia de disuasión y defensa, los Estados Unidos no pueden proteger unilateralmente sus intereses en todo el mundo. Tampoco podemos escondernos tras las ilusiones aislacionistas de concebir a los Estados Unidos como una fortaleza. Necesitamos de aliados y amigos fuertes, y es preciso que trabajemos en estrecho contacto con naciones que comparten nuestros objetivos. Basada en los fundamentos estratégicos de las últimas cuatro décadas, la administración Reagan ha fortalecido los lazos con nuestros amigos y aliados en todo el mundo, en la búsqueda de una estrategia de disuasión global.

A fin de preservar la paz y la libertad, a los Estados Unidos y a sus aliados les resulta indispensable un fuerte sistema de alianzas y de cooperación regional. Las naciones que establecen esta cooperación comparten retos comunes a su seguridad y logran una división del trabajo que se nutre de las virtudes relativas de cada uno de los Estados. La administración Reagan está decidida a mantener la fuerza de nuestras alianzas y a alentar a todos los participantes en las mismas a asumir una justa porción de las cargas que la seguridad implica. La estrategia de los Estados Unidos obtiene también grandes beneficios de la asistencia en materia de seguridad y de los programas de ventas de armamentos. Estos programas, que son de una gran efectividad y cuyos costos son comparativamente bajos, ayudan a países amigos a hacer un uso mejor de sus recursos, a menudo limitados, y a enfrentarse a las amenazas a su seguridad que se puedan producir en sus territorios o en sus fronteras. La asistencia en materia de seguridad también reduce las probabilidades de que se requiera la intervención de fuerzas norteamericanas en ayuda de una

nación que, de otra manera, no podría encargarse de su propia defensa. El secretario Shultz y yo estamos completamente de acuerdo sobre la importancia de la asistencia en materia de seguridad y las ventas de armamentos. Confío en que este Comité continúe apoyando estos vehículos esenciales de nuestra política exterior, así como que evada las posiciones rígidas en todas las cuestiones relativas a las ventas de armamentos hasta que la Administración realice sus proposiciones y explique la lógica en que se fundan.

La estrategia de los Estados Unidos también debe continuar dependiendo de nuestras fuerzas emplazadas en primera línea. La proximidad de las fuerzas soviéticas a nuestros aliados y nuestros intereses en otras partes del mundo impone severos requerimientos en lo relativo a la prontitud de respuesta, ya que resultaría difícil reconquistar un territorio que hubiera sido perdido. El mantenimiento de potentes fuerzas emplazadas en la primera línea nos permite aumentar la credibilidad de la disuasión, hacer más efectiva nuestra defensa y resultar más convincentes en las seguridades que brindamos a nuestros aliados. Los emplazamientos militares de los Estados Unidos en todo el mundo son la evidencia visible de que estamos preparados y comprometidos para defender nuestros intereses y respaldar las políticas que proclamamos.

REDUCCIONES DE ARMAMENTOS

Para divulgar nuestra visión de un mundo mejor, el carácter norteamericano siempre se ha basado en la fuerza de nuestros ideales, y no en el uso de la fuerza. Partiendo de este espíritu, desde el inicio de la era nuclear los Estados Unidos han trabajado en pro del establecimiento de controles sobre estos terribles armamentos. Desafortunadamente, esta noble causa aún no ha triunfado. Más de una década después del inicio de las negociaciones SALT no se han logrado verdaderas reducciones, ni se ha frenado un armamentismo soviético sin precedentes, que continúa hasta nuestros días. Los soviéticos incluso han violado controles sobre armamentos y compromisos políticos de la mayor importancia.

Dado que los acuerdos sobre armamentos si pueden aumentar nuestra seguridad, el presidente Reagan ha comprometido a esta Administración con el logro de reducciones de los armamentos nucleares que resulten sustanciales, equitativas y verificables. La causa norteamericana de lograr reducciones de los armamentos nucleares nos proporciona la oportunidad de mejorar nuestra disuasión e incrementar la estabilidad internacional.

Para alcanzar estos objetivos, debemos proceder a la vez con tenacidad y paciencia, a partir del convencimiento de que los líderes soviéticos no comparten los valores del carácter norteamericano. Los fracasos del pasado y las repetidas violaciones soviéticas de los acuerdos, nos han enseñado que

resulta esencial que los acuerdos futuros tengan una redacción precisa y que sean verificables, para garantizar que sean cumplidos por todas las partes. Nos dirigimos a Ginebra con mejores perspectivas de lograr genuinas reducciones de armamentos. Pero para lograr el éxito debemos continuar nuestro programa de modernización estratégica y demostrar nuestra decisión de seguir siendo fuertes. De hecho, ha sido esa decisión la que hizo a los soviéticos volver a la mesa de negociaciones y la que nos brinda ahora una oportunidad inapreciable de lograr los objetivos de reducción de los armamentos a los que la humanidad ha tenido que renunciar ya por demasiado tiempo. En este sentido, debo decirles con toda franqueza que la cancelación de programas claves, tales como el del MX, prolongará las negociaciones en lugar de facilitarlas, y limitará nuestra capacidad de lograr reducciones de los armamentos.

DEFENSA ESTRATÉGICA

Hace un rato enfatizaba el papel clave que desempeña la defensa en la disuasión de los conflictos. Una defensa fuerte puede fortalecer la disuasión tanto nuclear como convencional. A través de la Iniciativa de Defensa Estratégica estamos tratando de explorar una alternativa de defensa a la política de disuasión estratégica tradicional, que se ha basado en la vulnerabilidad mutua.

En marzo de 1983, en un discurso ante el pueblo norteamericano el presidente Reagan habló por primera vez de su visión de un mundo libre del terror de los cohetes balísticos nucleares. A partir de entonces hemos estudiado tanto la factibilidad tecnológica como las implicaciones estratégicas de la puesta en práctica de la defensa estratégica; y nuestras conclusiones son que debemos llevar a cabo un programa para explorar las potencialidades de las nuevas y avanzadas tecnologías de defensa con el fin de apoyar una defensa profundamente confiable contra los cohetes balísticos nucleares. La defensa estratégica puede, al tiempo que fortalecer nuestra disuasión, aumentar nuestras oportunidades de que se logren reducciones de los armamentos.

Mediante el incremento significativo de la incertidumbre que puede un primer golpe, la defensa estratégica acrecerá la disuasión. Si los líderes soviéticos contemplaran alguna vez la posibilidad del inicio de un ataque nuclear, su propósito sería destruir las fuerzas militares norteamericanas o aliadas capaces de oponerse a la agresión. Una defensa efectiva que les sustrajera a los cohetes soviéticos los objetivos militares de un ataque o les restara confianza a los soviéticos en el logro de estos objetivos, los disuadiría de considerar seriamente la posibilidad de tal ataque. Contrariamente a nuestro enfoque actual, en el que la disuasión se basa en la represalia, la defensa nos permitiría

disuadirlos de la guerra mediante la destrucción de armamentos y no de personas.

Nuestra Iniciativa de Defensa Estratégica también le abre nuevas avenidas a nuestros esfuerzos de reducción de los armamentos. Se trata de un programa de investigaciones completamente coherente con el Tratado ABM.

Qué mejor manera de fomentar drásticas reducciones de los cohetes balísticos nucleares que disminuir su utilidad militar. Así, además de fortalecer la disuasión y la estabilidad, la Iniciativa de Defensa Estratégica podría también aumentar nuestras posibilidades de alcanzar un mundo más seguro mediante verdaderas reducciones de los armamentos.

LA RECONQUISTA DE LA PAZ

Pocas personas han comprendido con más claridad que el presidente Reagan la necesidad de introducir una férrea mano militar en el guante de la diplomacia. Pero esta Administración se guía por el principio de que el poderío militar sólo debe usarse como último recurso. Debemos estar prestos a utilizar todos los resortes del poderío nacional antes que la intervención militar directa de los Estados Unidos; no obstante, nunca debemos descartar el uso de la fuerza, si fracasara la disuasión. No descartar esta posibilidad tiene también un valor disuasivo.

Los Estados Unidos han errado en el pasado por su no disposición a emplear fuerza suficiente para el logro de nuestros objetivos, a partir de nociones equivocadas sobre “la aplicación gradual de la fuerza”. Cuando se arriba a la decisión de que es necesario emplear el último recurso, que es la fuerza, porque es vital para nuestros intereses nacionales, es necesario que se empleen las fuerzas suficientes para vencer, o sea, para lograr un objetivo claramente definido en el menor tiempo posible.

Si alguna vez decidiéramos lanzar nuestras fuerzas al combate, resultaría imprescindible que apoyáramos a dichas fuerzas hasta el más alto grado de nuestra voluntad nacional por todo el tiempo que fuera necesario hasta alcanzar la victoria. Ello implica que debemos mantener la fuerza militar necesaria para lograr un objetivo diplomático definido: aquel que resulte necesario para nuestros intereses vitales y que no puede obtenerse sin el uso de la fuerza militar.

Como afirmaba antes, el elemento más esencial de una democracia exitosa es la existencia de un fuerte consenso de apoyo y acuerdo en torno a nuestros propósitos básicos. A partir de esta idea, les he explicado seis casos para el uso de poderío militar alrededor de los cuales confío en que puede producirse un consenso público. Esto no implica la necesidad de contar con un pleno apoyo público antes de que utilicemos la fuerza. Sí implica, no obstante, que

antes de que los Estados Unidos envíen fuerzas de combate al extranjero debe existir una garantía razonable de que contaremos con el apoyo del pueblo norteamericano y de sus representantes electos al Congreso.

De la misma manera que requerimos del apoyo público y congresional para el empleo de la fuerza militar en la guerra, requerimos dicho apoyo para erigir las defensas necesarias para preservar la paz. Ese apoyo público esencial depende de una clara comprensión de los basamentos estratégicos de nuestro programa de defensa, de un análisis sobrio y realista de los retos que enfrentamos, y de la visión acerca de las oportunidades de que exista una paz más segura con libertad. Es por esa razón que apoyo plenamente los esfuerzos de este Comité encaminados a revisar los objetivos y las premisas estratégicas de la política exterior de Estados Unidos, y a forjar un compromiso bipartidista en pro de nuestra estrategia y por el logro de estas oportunidades en favor de los Estados Unidos, de nuestros amigos y aliados, de toda la humanidad.

EL FUTURO DE LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA: NUEVAS REALIDADES Y NUEVAS MANERAS DE PENSAR

Señor Presidente, miembros del Comité:

He recibido el honor de encabezar esta importante serie de audiencias sobre el futuro de la política exterior norteamericana. Es este un momento auspicioso: el inicio de un nuevo período presidencial, de un nuevo Congreso y de la conducción de estas sesiones por un distinguido Presidente.

Es este, por muchas razones, un momento que encierra grandes promesas y abre muchas oportunidades para Estados Unidos en la esfera internacional.

Por ello, felicito al Presidente por centrar la atención del Congreso y del pueblo de los Estados Unidos en los asuntos fundamentales que tenemos ante nosotros: no sólo en los asuntos cotidianos que aparecen en los titulares de la prensa, en las tendencias básicas que están produciéndose alrededor de nuestros más relevantes objetivos.

Por todas estas razones, en el día de hoy mi intervención tendrá características especiales. Me gustaría retroceder un tanto y contemplar la situación actual en perspectiva: la perspectiva que nos brinda la historia más reciente, la perspectiva de las corrientes intelectuales de nuestra época, y la perspectiva de los ideales norteamericanos y su importancia para el futuro del mundo.

EL CAMBIANTE SISTEMA INTERNACIONAL

Poco después del inicio de la era nuclear, Albert Einstein señalaba que todo había cambiado excepto nuestra manera de pensar. Hasta un acontecimiento tan trascendental como la revolución nuclear demoró en ser plenamente

comprendido; cuánto más nos ha llevado generalmente entender las implicaciones de los cambios históricos más sutiles e intangibles que han estado sucediendo a nuestro alrededor.

Como todos saben, el año de 1945 marcó un crucial punto de viraje.

Un sistema internacional de más de un siglo de duración se había quebrado bajo el peso de dos guerras mundiales y de una gran depresión.

Un orden internacional centrado en Europa y dominado por Europa resultó sustituido a comienzos de la posguerra por una nueva realidad: la de un mundo dominado por dos nuevas superpotencias, desgarrado por conflictos ideológicos y amenazado por armas nucleares que hacían potencialmente suicida una nueva conflagración mundial. Al mismo tiempo, un sistema económico internacional integral, establecido a iniciativa norteamericana —basado en el dólar y en un fuerte compromiso con la mayor libertad comercial e inversionista posible—, reemplazó al nacionalismo económico sin freno que había ayudado a socavar la paz internacional en el período de entreguerras.

Pero la historia nunca se detiene. También el orden de la posguerra evolucionó y cambio de forma. La quiebra de los imperios coloniales trajo a la palestra internacional a docenas de nuevos Estados. El llamado Tercer Mundo se convirtió en escenario de un creciente número de conflictos locales y regionales. Estados Unidos, después de Vietnam, se retrajo por algún tiempo de su activo papel de liderazgo. Europa, China y Japón volvieron a convertirse en importantes actores tanto desde un punto de vista político como económico; la crisis energética añadió ribetes dramáticos tanto a la difusión del poderío económico como a la vulnerabilidad del sistema económico de la posguerra. Estados Unidos y la Unión Soviética trataron de entablar un diálogo tendiente a estabilizar las relaciones y a ejercer control sobre las armas nucleares; después este diálogo naufragó debido al armamentismo y la ofensiva geopolítica soviéticos.

Hoy el ciclo recomienza. El cambio es constante. Estados Unidos ha recuperado su fuerza y su confianza. El poder sigue estando disperso y la estructura de las relaciones políticas se ha hecho más compleja en la medida en que se ha incrementado la interdependencia de los Estados. ¿Es acaso que, ahora que nos encaminamos al siglo XXI, está surgiendo un nuevo esquema estable de relaciones internacionales? Las palabras de Einstein adquieren una nueva relevancia; debemos localizar las nuevas tendencias y comprender sus Implicaciones.

Pero no somos meros observadores; somos participantes comprometidos.

Estados Unidos vuelve a ocupar una posición desde la cual puede ejercer una influencia decisiva sobre el curso de los acontecimientos; y los objetivos y

valores tradicionales de Estados Unidos no han cambiado. Nuestro deber es tratar de conformar las tendencias en evolución de acuerdo con nuestros ideales e intereses; colaborar en la creación de una nueva estructura de estabilidad internacional que garantice la paz, la prosperidad y la libertad de las generaciones futuras. Este es el verdadero reto de nuestra política exterior en los próximos años.

¿Cuáles son las fuerzas del cambio? ¿Y cuáles son los posibles elementos de un nuevo y más seguro sistema internacional?

LAS RELACIONES ENTRE LAS SUPERPOTENCIAS

Las relaciones entre las superpotencias siguen siendo cruciales, aunque su predominio político es menos de lo que fuera hace unas pocas décadas. Más de cincuenta años de experiencia de relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos nos han proporcionado una cabal comprensión de lo que resulta y lo que no resulta posible en dichas relaciones. No obstante, las condiciones están evolucionando y el problema sigue planteando un reto conceptual.

Una amistad y cooperación verdaderas seguirán siendo imposibles mientras el sistema soviético se rija por la ideología y la ambición nacional que predicán el engrandecimiento de su poderío y el socavamiento de los intereses de las democracias.

Tenemos que oponernos vigorosamente a esa presión soviética para que exista una esperanza de estabilidad duradera. Al mismo tiempo, en la era termonuclear el interés común de la supervivencia hace que ambas partes sientan el incentivo de moderar su rivalidad y tratar de encontrar, sobre todo, vías para el control de las armas nucleares y la reducción de los riesgos de guerra. No tenemos manera de saber si una continuada política de Occidente en este sentido, logrará, con el tiempo, un atemperamiento del sistema soviético. Quizás no. Pero sea cual fuere el caso, las responsabilidades de Occidente permanecen inalterables: oponerse firmemente a los intentos de usurpación soviéticos, al tiempo que mantener la puerta abierta a posibilidades más constructivas.

Tras el fracaso de su campaña política para dividir la OTAN, de su propaganda para impedir el emplazamiento de los cohetes nucleares de alcance medio en Europa y de su boicot a las conversaciones, los soviéticos han reiniciado el diálogo sobre control de armamentos. Damos la bienvenida a este hecho. Mi reunión en Ginebra con el ministro de Relaciones Exteriores soviético, Gromiko, constituyó el constructivo inicio de lo que Estados Unidos confía que será una fructífera negociación.

Mi capaz interlocutor, Andrei Gromiko, es, en cierto sentido, la personificación de algunas de las grandes ventajas de que gozan los soviéticos: la continuidad, la paciencia, la capacidad de diseñar una estrategia a largo plazo y atenerse a ella.

La mayoría de las veces en que los soviéticos cambian de táctica lo hacen para ajustarse a las condiciones objetivas, sin que ello implique un desvío básico de sus metas a largo plazo.

Por el contrario, las democracias han tenido muchas dificultades para mantener la misma consistencia, coherencia, disciplina y sentido de la estrategia. Las sociedades libres son a menudo impacientes. Las actitudes de Occidente han fluctuado entre los extremos del abatimiento y el pesimismo, por un lado, y la inmediata reacción a cualquier sonrisa soviética, por el otro. Nuestras maneras de pensar han tendido demasiado a menudo a concentrarse bien en el incremento de nuestra fuerza o en el establecimiento de negociaciones; nos ha resultado difícil hacer las dos cosas simultáneamente, aunque ello sin duda constituye el curso de acción más sensato y sea probablemente la única manera en que podemos mantener tanto nuestros programas de defensa como nuestra capacidad negociadora.

Por ejemplo, resulta vital continuar la modernización de nuestras fuerzas estratégicas —en especial el MX— para evitar socavar las posiciones de nuestros propios negociadores precisamente en el momento en que comienzan su labor en pro de reducciones reales de los armamentos nucleares. Los soviéticos no sentirán grandes incentivos para negociar seriamente y acceder a reducciones en busca de niveles menores y equitativos, si les servimos en bandeja de plata su objetivo largamente acariciado de obtener reducciones norteamericanas unilaterales. De la misma forma, y al tiempo que trabajamos en pro de la obtención de dichos acuerdos, nos vemos obligados a tener en cuenta las repetidas violaciones soviéticas de acuerdos previos, por lo que debemos insistir en que cualquier nuevo acuerdo debe contener cláusulas eficaces de verificación.

En los últimos cuatro años, las condiciones básicas que afectan las relaciones soviético-norteamericanas han cambiado drásticamente. Hace alrededor de una década, cuando Estados Unidos se encontraba asediado por dificultades económicas, descuidaba su defensa, y vacilaba acerca de la asunción de su papel de liderazgo, los soviéticos explotaron estas condiciones. Llevaron hacia adelante su implacable armamentismo; ellos mismos y sus clientes hicieron movidas más atrevidas en el terreno geopolítico, al intervenir en lugares tales como Angola, Cambodia, Etiopía y Afganistán, creyendo que Occidente era incapaz de oponerse a tales avances, o tenían razones para confiar que lo que llaman la “correlación de fuerzas” global había cambiado a su favor.

Hoy en día Occidente está más unido que nunca. Estados Unidos reconstruye su poderío militar y su vigor económico y ha recuperado su confianza en sí mismo; contamos con un Presidente al que el pueblo le ha ratificado un mandato para que ejerza un activo papel de liderazgo. Por el contrario, los soviéticos confrontan profundas dificultades económicas estructurales, una continuada sucesión de problemas y la intranquilidad de sus aliados; su diplomacia y sus clientes se encuentran a la defensiva en muchas partes del mundo. Tenemos, pues, razones para confiar en que la “correlación de fuerzas” ha vuelto a variar a nuestro favor.

No obstante, la historia por sí sola no nos desembarazará de nuestras tareas. Se puede dar por descontado que periódicamente los soviéticos harán algo, en algún lugar, que nos resulte odioso o contrario a nuestros intereses. La cuestión reside en encontrar la manera en que Occidente pueda responder para contribuir a disciplinar la conducta internacional soviética sin que nuestra propia estrategia se haga vulnerable a quebrantamientos periódicos a partir de tales choques externos. No debemos aferrarnos de tal manera a la posibilidad de mejoramiento de las relaciones con los soviéticos y que ello nos haga ignorar acciones que socavan las bases mismas de unas relaciones estables: tanto las respuestas simbólicas ante acciones soviéticas violentas, como los castigos y las sanciones tienen su lugar. Al mismo tiempo, la experiencia nos demuestra que no podemos impedir o revertir los avances geopolíticos soviéticos sin auxiliar, de una manera u otra forma, a los que se les oponen directamente en el terreno. Y muchas de las negociaciones y esfuerzos que emprendemos con los soviéticos son de interés mutuo: en realidad, todos deberían serlo.

Esto nos coloca ante alternativas difíciles. Siempre resultará complicado decidir si negociaciones importantes deben o no interrumpirse después que los soviéticos hayan llevado a cabo alguna acción inaceptable. Cuando los soviéticos derribaron el avión de pasajeros de la aerolínea coreana en 1983, el presidente Reagan procuró que el mundo conociera toda la verdad sin afeites acerca de la atrocidad cometida: sin embargo, también volvió a enviar a Ginebra a nuestros negociadores sobre control de armamentos, porque estimaba que una reducción de las armas nucleares constituía una importantísima prioridad.

En resumen, nuestra “manera de pensar” debe estar encaminada a la búsqueda de una estrategia sostenible enfocada a la consecución de los objetivos y los intereses norteamericanos, y debe tomar en cuenta el comportamiento soviético, pero no basarse en una mera reacción ante el mismo.

Una estrategia tal requiere una continuada voluntad de solucionar problemas mediante la negociación cuando ello opere en favor de nuestros intereses (y presumiblemente de los intereses mutuos). Nuestra fuerza provendrá de la creación de realidades objetivas que les hagan a los soviéticos un mejoramiento general de las relaciones; ellas son: la modernización de nuestra defensa, la asistencia a nuestros amigos y el enfrentamiento a los retos soviéticos. Debemos aprender a buscar una estrategia encaminada en formas de pensar a largo plazo y basada simultáneamente en la negociación y en la fuerza, si es que queremos forjar una relación estable entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para el próximo siglo.

El reto intelectual de la nueva época se nos presenta en un terreno relacionado con el anterior: el del control de los armamentos. La continuada revolución tecnológica implica que el equilibrio estratégico —y los requerimientos de la distensión— nunca se encuentran estáticos. Desgraciadamente, las maneras convencionales de reflexionar sobre estas realidades continúan estando muy por detrás de la realidad.

Durante varias décadas, la doctrina estratégica al uso en Occidente se ha basado en última instancia en el equilibrio del terror: la confrontación de arsenales ofensivos con los que las dos partes se amenazan una a otra con el exterminio masivo.

Es cierto que la disuasión ha funcionado en esas condiciones; no obstante, por razones políticas, estratégicas e incluso morales deberíamos trascender el presupuesto de que nuestra estrategia de defensa tiene que basarse en amenazas ofensivas y tiene que dejar a nuestro pueblo inerme frente a un ataque. Por su parte, los soviéticos siempre le han concedido una enorme importancia a la defensa estratégica, que incluye no sólo las defensas aérea y civil, sino un sistema coheteril antibalístico modernizado emplazado en los alrededores de Moscú, así como intensas investigaciones sobre nuevas tecnologías de defensa.

El ritmo del avance tecnológico abre ahora posibilidades para que se genere un nuevo pensamiento estratégico, aunque ello no es nunca un proceso fácil. La vehemencia de algunas de las críticas que se le han dirigido a la Iniciativa de Defensa Estratégica del Presidente parece derivarse menos de los argumentos sobre factibilidad técnica —que las investigaciones futuras responderán en uno u otro sentido de manera objetiva— que de la defensa apasionada de una doctrina ortodoxa a la luz de la evolución de las realidades estratégicas. Hemos dado curso a las investigaciones sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica, porque consideramos que la misma contiene elementos positivos e incluso revolucionarios: ella podría poner a nuestra disposición medidas de defensa que harían obsoleta la amenaza de un primer golpe

ofensivo. Resulta altamente probable que un nuevo equilibrio estratégico basado en tecnologías para la defensa y una drástica reducción de los emplazamientos ofensivos fuera la solución más estable y segura. Nuestra idea puede describirse de la siguiente manera: durante los próximos diez años, el objetivo de Estados Unidos es lograr una reducción radical del poder de los armamentos nucleares ofensivos ya existentes y de los planificados, así como una estabilización de la relación entre los armamentos nucleares ofensivos y defensivos, tanto terrestres como espaciales. Ya desde ahora laboramos en pro de un período de transición hacia un mundo más estable, en que se hayan reducido sustancialmente los niveles de los armamentos nucleares y hayan aumentado las posibilidades de la discusión mediante una participación creciente de las defensas no nucleares contra los armamentos nucleares ofensivos. Este período de transición podría conducirnos a la eventual eliminación de todos los armamentos nucleares, tanto ofensivos como defensivos. Un mundo libre de armas nucleares constituye un objetivo último sobre el que podemos estar de acuerdo nosotros, la Unión Soviética y todas las demás naciones.

EL INCREMENTO DE LA UNIDAD Y LA FUERZA DE AMIGOS Y ALIADOS

A medida que se erosionaba el predominio político de las superpotencias en las últimas décadas, algunas personas creyeron ver emerger un mundo encabezado por cinco potencias, en el cual los actores principales serían Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa Occidental, China y Japón. Después de la crisis energética de principios de la década de 1970, otros enfatizaban la creciente importancia de la relación Norte-Sur. Pero lo cierto es que ninguno de estos esquemas describe de manera adecuada la forma en que ha evolucionado la política mundial. En mi opinión, la tendencia más importante es otra: el crecimiento del dinamismo, la cohesión y la cooperación de naciones con enfoques similares, que comparten un grupo importante de objetivos positivos. El equilibrio por sí solo no basta. La política exterior norteamericana está guiada por objetivos positivos: paz, democracia, libertad y derechos humanos; justicia racial; progreso económico y social; fortalecimiento de la cooperación y orden legal. Estos no son objetivos soviéticos. Y sin embargo, son centrales para cualquier sistema internacional que aspire a tener larga vida, porque son los objetivos que inspiran a los pueblos y a las naciones de todo el mundo. El nuevo espíritu y la unidad de los pueblos que comparten estos objetivos constituyen una nueva tendencia que podemos apreciar en muchas regiones del mundo y en muchas dimensiones de la política exterior.

Vemos un nuevo espíritu de colaboración y amistad en nuestros vínculos con Canadá y México, nuestros vecinos inmediatos: vínculos cuya importancia es evidente y que constituyen un interés prioritario del Presidente.

En la comunidad atlántica, nuestra época se caracteriza por un nuevo grado de armonía política y de íntima colaboración entre los aliados occidentales.

De modo igualmente extraordinario, también Japón ha emergido como un aliado en cuestiones políticas y de seguridad claves. Existe, por ejemplo, una nueva toma de conciencia acerca de la importancia de fortalecer las defensas convencionales como vía para incrementar la seguridad europea, al tiempo que se reduce la dependencia de la OTAN de los armamentos nucleares. Una postura disuasiva fuerte por parte de Occidente es la base más sólida para atraer al Este hacia negociaciones constructivas.

Bajo la sabia conducción de Lord Carrington, la OTAN está dando pasos para mejorar en el corto plazo su disposición y su infraestructura. A más largo plazo, la Alianza está tratando de resolver otras deficiencias importantísimas, entre ellas el reto fundamental de mejorar la eficiencia de las defensas aliadas integrales.

En medio de todos estos cambios que se están produciendo en el mundo, la seguridad y el bienestar de Europa Occidental continúan constituyendo un interés vital de Estados Unidos. Siempre hemos apoyado la unidad de Europa Occidental, en el convencimiento de que una Europa fuerte, si bien puede ser nuestra competidora en algunas esferas, constituye un interés general del mundo libre. Deseamos que prospere la Comunidad Europea; alentamos a nuestros amigos de Europa a lograr nuevos progresos en el desarrollo de un verdadero mercado paneuropeo y en la liquidación de las rigideces estructurales que impiden tanto la expansión económica como la eficaz cooperación con Estados Unidos.

También apreciamos en Europa nuevas y creativas maneras de pensar sobre la continuada búsqueda de la unidad política, y sobre el fortalecimiento de la cooperación de Europa Occidental en el campo de la defensa.

Apoyamos ambos objetivos. Sólo beneficios puede derivar Occidente de una elevación del papel que desempeña Europa en los asuntos internacionales. Y los pueblos de Europa Occidental deben considerar la defensa como un esfuerzo que emprenden en pro de su propio futuro, y no como un favor que prestan a Estados Unidos. Con un eficaz liderazgo y espíritu de colaboración a ambos lados del Atlántico, estas tendencias fortalecerán la defensa común, acrecentarán el sentimiento de propósito político compartido de las democracias.

En la medida en que nos referimos a la evolución de Europa, no podemos olvidar a Europa Oriental. Desde los días del Plan Marshall, al que Occidente

invitó al Este a unirse, siempre hemos deseado que el éxito de Europa Occidental sea el faro que guíe a toda Europa. La actual división política del continente es totalmente artificial; existe sólo porque ha sido impuesta por los soviéticos mediante la fuerza bruta; Estados Unidos nunca la ha reconocido como legítima o permanente. Tras esta cruel barrera se esconden la represión política y el estancamiento económico.

En algunos países se han producido esfuerzos encaminados a la liberalización. Pero todos los pueblos de Europa Oriental son capaces de lograr algo mejor, merecen algo mejor y aspiran a algo mejor. Hemos sido testigos en años recientes de su poderoso deseo de conquistar sindicatos libres, reformas económicas, libertad política y religiosa, paz y seguridad verdaderas, derechos humanos tales como los que prometieran los acuerdos de Helsinki.

Esperamos ver el día en que la Unión Soviética aprenda a pensar en su propia seguridad en términos que resulten compatibles con la libertad, la seguridad y la independencia de sus vecinos.

En Asia Oriental y el Pacífico otra nueva realidad está cambiando nuestra manera de pensar acerca del mundo. El dinamismo económico de esa región está cobrando una importancia creciente, no sólo como un factor del comercio exterior norteamericano, sino también como un modelo económico para el mundo en desarrollo y como una prefiguración singular y atractiva del futuro. Durante la década pasada el crecimiento económico de los países libres de Asia fue del 7% anual; en los últimos cinco años, nuestro comercio con el Asia Oriental y el Pacífico fue mayor que en cualquier otra región, y continúa expandiéndose a ritmo acelerado. La ASEAN se ha convertido en uno de los ejemplos más relevantes de desarrollo económico y cooperación política regional en el mundo. La República de Corea muestra en su haber un éxito económico espectacular. Japón está desempeñando un papel —de manera responsable, positiva y cooperativa— mucho mayor, adecuado a su fuerza creciente. La experiencia está demostrando que la apertura económica es la fórmula de la prosperidad.

El pragmatismo se ha convertido en la palabra de orden en la República Popular China, donde las esperanzas de modernización económica se han depositado —sabiamente— en un atrevido programa de reformas. La larga marcha china hacia los mercados constituye un verdadero acontecimiento histórico: una gran nación que se desembaraza de doctrinas económicas ya superadas y libera las energías y el talento de sus mil millones de habitantes. Le deseamos suerte a China en este interesante esfuerzo.

Por supuesto, existen problemas que ponen en peligro este brillante futuro económico: el armamentismo militar soviético en la región; la agresión de la Unión Soviética y sus clientes a Afganistán y Cambodia; las tensiones

persistentes en la península coreana; los problemas internos en diversos países. Asia Oriental cuenta con un rico acervo de civilización, y también con una turbulenta historia de amargos conflictos. La tragedia de que dos de los grandes monumentos asiáticos —Angkor Wat y Borobudur— hayan sido deteriorados por la violencia moderna, constituye tanto una paradoja como un alerta.

Estados Unidos está consciente de que es su responsabilidad contribuir, en la medida que ello le resulte posible, a la seguridad y la estabilidad en Asia Oriental y el Pacífico. Nuestra diplomacia busca soluciones pacíficas a los problemas de Asia para que las promesas que encierra el continente puedan plasmarse en las realidades más fructíferas. Saludamos en especial el papel que ha desempeñado la ASEAN, sobre todo el de Tailandia como Estado de la línea del frente que se está enfrentando con efectividad al expansionismo y la agresión vietnamitas y laborando en pro de la consecución de un arreglo justo al conflicto cambodiano.

En general, nos sentimos enormemente alentados por la nueva tendencia que percibimos hacia una más amplia colaboración entre naciones asiáticas con una extraordinaria diversidad de culturas, razas y sistemas políticos. Está surgiendo un sentimiento de comunidad del Pacífico. Se está expandiendo la práctica de las consultas regionales, así como un sentimiento de interés común en la seguridad regional.

En este sentido, una década después de Vietnam, Estados Unidos ha ido más allá de una mera recuperación de sus posiciones en Asia. Podemos sentirnos orgullosos de la vitalidad de nuestras alianzas, amistades y vínculos productivos en esta prometedora región. Si las naciones actúan con sabiduría y bajo una conducción segura, muy bien podríamos estar en el umbral de una nueva era de las relaciones internacionales en la Cuenca del Pacífico.

En América Latina se observa otro tipo de tendencia: el firme avance de la democracia. La democracia no es, en manera alguna, una idea novedosa, pero esta línea de desarrollo de hecho está poniendo en entredicho la visión de algunos sobre el futuro político del mundo. Hace unos pocos años, los pesimistas afirmaban que las democracias industriales estaban condenadas a permanecer eternamente en minoría en la comunidad internacional. Hoy en día aumentan cada vez más las evidencias de que el ideal de libertad permanece vivo. En el hemisferio occidental, casi el 95% de la población de América Latina y el Caribe vive bajo regímenes que, o son democráticos o se encaminan evidentemente por la vía de la democracia. En 1979 era sólo un tercio de la población la que disfrutaba de estas condiciones. En los últimos cinco años líderes popularmente electos han sustituido a gobiernos militares o

dictaduras en Argentina, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Honduras, Panamá, Perú y Granada.

Brasil y Uruguay verán tomar el poder a presidentes civiles en marzo.

Guatemala se encuentra en la transición hacia la democracia. Tras una larga sombra de dictaduras, la tendencia hacía las elecciones libres y la soberanía popular en el hemisferio es motivo de alegría.

Estados Unidos siempre ha sido un campeón de la democracia. Las instituciones democráticas son la mejor garantía de los derechos humanos, así como la mejor garantía a largo plazo de la estabilidad. El Fondo Nacional en Pro de la Democracia (*National Endowment for Democracy*) que cuenta con apoyo bipartidista, es un reflejo de este compromiso norteamericano. En todos los continentes apreciamos bien la tendencia hacia la democracia, bien un ansia de democracia; ambos hechos son vívida demostración de que la idea de la libertad está lejos de ser una aspiración de una determinada cultura o monopolio del Occidente industrializado.

En realidad, tras años de insurgencia guerrillera liderada por los comunistas contra gobiernos pro-occidentales, somos testigos ahora de dramáticos y alentadores ejemplos de insurgencias populares contra *regímenes comunistas*. Hoy en día —bajo circunstancias muy diversas— los gobernantes marxista-leninistas de Nicaragua, Afganistán, Cambodia, Etiopía y muchos otros países africanos se han percatado de que no resulta tan fácil aniquilar la aspiración de gozar de gobiernos representativos. Los norteamericanos gozan de una vieja y honorable tradición de apoyar las luchas de otros pueblos por la libertad, la democracia, la independencia y la liberación del yugo tiránico. En el siglo XIX apoyamos a Simón Bolívar, a los patriotas polacos y a otros que luchaban por la libertad, en lo que, por cierto, no hacíamos más que reciprocarnos la ayuda que otras naciones, como Francia, nos habían brindado durante nuestra propia revolución.

Como expresara nuestro Presidente hace sólo una semana, “nosotros, que hemos hecho un compromiso en pro de un gobierno libre y de las instituciones democráticas, debemos mantener un sentimiento fraterno con otros pueblos amantes de la libertad”. Esta es una herencia de la que debemos sentirnos orgullosos y una responsabilidad moral, y nos plantea algunas cuestiones prácticas que debemos analizar desde el mismo inicio de este Congreso no. 99. Lo que está en juego en América Central es precisamente el futuro de la democracia. La política de Estados Unidos consiste en promover la democracia, las reformas y los derechos humanos; apoyar el desarrollo económico; contribuir a establecer una barrera de seguridad contra los que intentan exportar la tiranía por medio de la fuerza y respaldar el diálogo y la negociación en la región y entre los países que la forman.

Directamente y por intermedio de Cuba, la Unión Soviética está instigando el establecimiento de una nueva dictadura comunista en Nicaragua. Nosotros respaldamos a los gobiernos democráticos y a las fuerzas políticas democráticas en toda América Central contra los extremistas de derecha y de izquierda. Si abandonamos a los que luchan en pro de la democracia, los extremistas obtendrán ganancias a expensas de las fuerzas de la moderación y la honestidad. Es por esta razón que la Administración se ha empeñado, y continuará empeñándose, en pro de negociaciones efectivas, de asistencia económica y de seguridad y del plan bipartidista que sugiriera la Comisión Kissinger. Si las fuerzas dictatoriales siguen sintiéndose libres para instigar y asistir a las insurgencias en nombre del “internacionalismo proletario”, sería absurdo que las democracias se sintieran inhibidas de promover la causa de la democracia, aunque ello implicara el establecimiento de una autodefensa colectiva contra tales acciones. Los intereses vitales y la responsabilidad moral de nuestra nación requieren de nosotros que estemos junto a nuestros amigos en su lucha por la libertad.

LA DINÁMICA DEL CAMBIO

El proceso de cambio es inexorable. El papel que estamos llamados a desempeñar en África Austral es el de trabajar en pro de un cambio democrático en Sudáfrica.

Nuestro papel también resulta clave en los esfuerzos por contribuir a crear un clima de seguridad regional que permita y aliente a dichos países a emprender la tarea prioritaria de construir sociedades justas y prósperas.

En resumen, la política de Estados Unidos debe estar encaminada a lograr el doble objetivo de justicia racial y seguridad regional. Estos dos objetivos no son contrarios, sino que se refuerzan mutuamente. Pero alcanzarlos requiere una diplomacia responsable, prudente y constante.

Este reto doble nos insta a emprender análisis serios y reflexiones serenas, y no emitir respuestas emotivas. Es mucho lo que ya hemos logrado, pero nuestra influencia no es infinita. Hoy en día se producen muchos menos hechos fronterizos violentos en la región austral de África que en cualquier otro momento de la última década. Se avanza hacia la consecución de un acuerdo sobre Namibia. Hemos fortalecido nuestros vínculos con Mozambique y con otros Estados de la región. Y la propia Sudáfrica ha establecido relaciones de cooperación con muchos de los países vecinos. El presidente Reagan ha hecho explícito que consideramos repugnante el apartheid sudafricano. Sus palabras del 10 de diciembre fueron claras e inequívocas: “Instamos al gobierno de Sudáfrica a atender los reclamos de la mayoría negra de su población mediante el cese de la práctica de la remoción

por la fuerza de los negros del seno de sus comunidades, y de la detención prolongada y sin que medie juicio de líderes negros... Le pedimos que los cambios constructivos de los años recientes se amplíen hasta incluir las aspiraciones de todos los sudafricanos. Instamos tanto al gobierno como al pueblo sudafricano a avanzar hacia una sociedad más justa.”

En el interior de Sudáfrica ya está operando una dinámica de cambio: hoy en día se están produciendo más cambios positivos que en la década de 1970, o en la de 1960, o en la de 1950. La influencia positiva que ejerce la relación con Estados Unidos —de la diplomacia, las compañías, los programas de asistencia para los sudafricanos negros llevados a cabo por Estados Unidos— está contribuyendo a sentar las bases de cambios futuros. El apartheid debe desaparecer. Pero el único curso de acción coherente con los valores norteamericanos consiste en constituírnos en una fuerza a favor del cambio constructivo y pacífico, mientras sigan existiendo posibilidades para el mismo. Nuestra alternativa no puede consistir en alentar desde lugar seguro a las fuerzas de la polarización que harían erupción en una guerra racial; nuestra tarea no es exacerbar las dificultades, ya que ello sin duda conduciría a los mismos resultados.

Otra región que está experimentando cambio es el *Medio Oriente*. Los acontecimientos más recientes nos han recordado que el conflicto árabe-israelí no es ni con mucho la única fuente de tensión en esa parte del mundo. Existen allí otros conflictos fuertemente enraizados de origen nacional, étnico y religioso, tales como la guerra entre Irán e Iraq; hay también diversas fuentes de extremismo radical que abarcan desde la ideología marxista-leninista hasta el fundamentalismo islámico, pasando por el peculiar estilo de fanatismo personal de Khadafi; además, los soviéticos tratan de reforzar a los elementos que rechazan cualquier solución y de explotar las tensiones regionales para sus propios fines.

Estados Unidos continuará sus esfuerzos por promover las soluciones pacíficas en esa área vital. Por supuesto, esta mediación ha sido el papel tradicionalmente desempeñado por Estados Unidos, pero las nuevas condiciones imponen siempre nuevas maneras de pensar acerca de las formas de llevarla a cabo. Tenemos un compromiso con el apoyo a los esfuerzos diplomáticos encaminados a terminar los conflictos en el Golfo, en Líbano y en el Sahara. Tenemos un compromiso con la iniciativa presidencial del 1ro. de septiembre, porque entendemos que es la vía más fructífera para lograr una solución del problema palestino. Este año sostendremos intensas consultas con nuestros amigos árabes e israelíes a fin de explorar las posibilidades de progreso.

En la economía global se observa un importante desplazamiento de otro tipo: se trata de un desplazamiento intelectual, que refleja las lecciones aprendidas mediante la experiencia. Puede que ahora resulte menos cierta que en el pasado la afirmación de Lord Keynes de que los hombres prácticos son siervos de algún economista difunto. O quizás es que los puntos de vista expresados por primera vez por Adam Smith hace más de dos siglos acerca de la creación de “la riqueza de las naciones” están adquiriendo de nuevo importancia práctica. Sea como fuere, lo cierto es que la realidad se está imponiendo a algunas nociones por mucho tiempo intocadas acerca de la política económica. Tanto en los países en desarrollo como en los industrializados, las dificultades económicas de los últimos años nos hacen recordar algunas antiguas verdades sobre las fuentes reales de progreso económico. Algunos de nosotros nunca olvidamos esas verdades. Pero la experiencia reciente ha alimentado un amplio escepticismo —que ya se venía haciendo necesario desde hacía tiempo— acerca de las soluciones con intervención estatal, la planificación central y la dirección gubernamental.

Este desplazamiento intelectual es parcialmente producto del extraordinario vigor de la recuperación norteamericana. Estados Unidos ha modificado su sistema de impuestos a fin de proporcionar reales incentivos al trabajo, al ahorro, a la inversión, a los riesgos, a la eficiencia. Hemos reducido las regulaciones, la intervención y el control gubernamentales.

Hemos abierto las oportunidades a una competencia más libre en las esferas del transporte, las comunicaciones, la manufactura y la distribución. El crecimiento de nuestro PNB el pasado año fue el más acusado desde 1951; la inflación fue la menor desde 1967. El resultado general ha sido la extraordinaria creación de más de siete millones de nuevos empleos en el curso de dos años.

El éxito inspira a la emulación. No sólo en Asia Oriental, como mencionaba antes, sino en todos los otros continentes —Europa, América Latina, África y en el resto de Asia— observamos una tendencia a la descentralización, a la desnacionalización, a la disminución de las regulaciones y la rigidez y a incrementar las oportunidades de que productores y consumidores individuales cooperen libremente a través del mercado.

Tomemos el ejemplo de África: si es que va a haber una solución a largo plazo al problema del hambre, esta tendrá que provenir no solamente de la ayuda que se brinda al continente, sino también del adiestramiento de personal, de las inversiones productivas y de reformas liberalizadoras en la esfera agrícola; nuestra política de ayuda está encaminada a alentar los esfuerzos de los países africanos en esta dirección.

Se está produciendo en todo el mundo una revolución en el pensamiento y la política económicos. Y se está produciendo justo a tiempo, porque coincide con otra revolución: la de la base tecnológica de la economía global. Esta es la que Walter Wriston ha llamado “la pujante era de la tecnología de la información”: la combinación de computadoras con elementos miniaturizados telecomunicaciones avanzadas e innovaciones incesantes que está transformando casi todos los aspectos de la actividad humana.

Las implicaciones de esta revolución no son meramente económicas. En primer lugar, la sola existencia de estas nuevas tecnologías constituye otro testimonio de la importancia crucial del espíritu empresarial —y de las políticas gubernamentales que dan rienda suelta a este espíritu— como la fuente esencial de la creatividad tecnológica y el crecimiento económico.

Lo más probable es que las sociedades cerradas del Este experimenten un gran retraso en estas esferas, riesgo que corren también las sociedades occidentales que mantienen demasiadas restricciones sobre la actividad económica. En segundo lugar, cualquier gobierno que apele a medidas severas para controlar, o regular, o imponerle impuestos al flujo de la información electrónica, se colocará en la situación de coartar el crecimiento de la economía mundial y su propio progreso. Esta es una de las razones por las que Estados Unidos está presionando para que se celebre una nueva ronda de negociaciones comerciales en esta esfera de los servicios relativa al procesamiento de datos y la transferencia de información.

En tercer lugar, el avance de la tecnología en esta dirección está destinado a poner en entredicho muchas de las más respetadas ideas acerca de la soberanía. Pero también aquí Occidente disfruta de una ventaja, porque el libre flujo de la información es inherentemente compatible con nuestro sistema político y nuestros valores. Por el contrario, los Estados comunistas temen a esta revolución de la información. quizás aún más de lo que temen el poderío militar de Occidente. Si el conocimiento es poder, entonces la revolución de las comunicaciones amenaza con socavar su más importante monopolio: el esfuerzo que realizan para ahogar la información, el pensamiento y la independencia de juicio de sus pueblos. Todos recordamos el poder que tuvo la diseminación del mensaje del Ayatollah en Irán por medios de cassettes; ¿qué podría causar un impacto más profundo en el bloque soviético que unos cassettes similares, transmisiones de radio provenientes del exterior, satélites de transmisión directa, computadoras personales y máquinas fotocopadoras?

Las sociedades totalitarias se enfrentan a un dilema: o bien tratan de ahogar estas tecnologías, con lo que siguen retrasándose en la nueva revolución industrial, o permiten el empleo de estas tecnologías y contemplan la

inevitable erosión de su control totalitario. En realidad, no tienen alternativa, porque nunca podrán bloquear completamente, por más que lo intenten, la marcha del avance tecnológico.

La marcha de la tecnología también nos impele hoy a continuar nuestros esfuerzos para impedir la *diseminación de los armamentos nucleares*.

Desde hace largo tiempo, Estados Unidos ha estado a la cabeza del esfuerzo internacional por establecer un régimen de arreglos institucionales, compromisos legales y salvaguardas tecnológicas para controlar la proliferación de las capacidades de armas nucleares. De hecho, este programa ha tenido un éxito considerable, en el sentido de que el número de Estados que ha logrado los medios para producir explosivos nucleares es mucho menor que el que los profetas del desastre preveían hace veinte años. No obstante, los peligros potenciales de la proliferación de los armamentos nucleares siguen siendo tan graves y amenazantes para la estabilidad internacional como se ha predicho desde mucho tiempo.

La administración Reagan continuará enfrascada en este esfuerzo esencial con una perspectiva realista de su complejidad. Nuestra línea de pensamiento sobre esta cuestión toma en consideración la creciente utilización internacional de la energía nuclear con fines pacíficos, las preocupaciones relativas a la seguridad que dieron origen al incentivo de obtener el acceso a las armas nucleares y la necesidad de establecer una amplia colaboración multilateral entre los suministradores nucleares si es que se desea establecer un régimen de no proliferación efectivo. Hemos avanzado en la vía de restablecer una relación de confianza y una reputación de confiabilidad con nuestros socios comerciales en la esfera nuclear. Hemos sostenido conversaciones fructíferas con la Unión Soviética sobre este tema: hemos trabajado en pro de promover salvaguardas amplias y más estrictos controles a las exportaciones.

NUEVOS RETOS PLANTEADOS A NUESTRAS MANERAS DE PENSAR

Señor Presidente, aunque la mayoría de las tendencias que he descrito son positivas, no todas lo son. Observamos cómo el cambio económico da origen a dislocaciones sociales: somos testigos de la alienación urbana, la turbulencia política y las diversas fuentes y formas potenciales de desorden que he mencionado. Los cambios en el sistema internacional se producirán de acuerdo con las tendencias positivas sólo si Estados Unidos y el mundo libre cumplimos nuestra responsabilidad de defender nuestros intereses y tratar de conformar los acontecimientos en concordancia con nuestros ideales y objetivos.

Al menos en un aspecto, el mundo moderno —con la expansión de la tecnología, la prosperidad y las aspiraciones democráticas— está irónicamente tornándose cada vez más vulnerable. Me refiero, por supuesto, al terrorismo. Al mismo tiempo en que el mundo ve alejarse el peligro de una gran guerra, paradójicamente el mundo democrático se ve enfrentado de manera creciente a la amenaza que plantea esta nueva modalidad de actividad bélica.

Actualmente el terrorismo está dejando de ser un fenómeno aislado practicado por fanáticos locales, para convertirse cada vez más en parte de una nueva estrategia internacional a la que recurren los enemigos de la libertad. Es un arma innoble que se utiliza deliberadamente contra las democracias; contra los intereses, las políticas y los amigos de las democracias; y contra personas absolutamente inocentes. Existen también vínculos inquietantes entre esta actividad y el tráfico internacional de drogas. El terrorismo es un problema que, en mayor medida que muchos otros, nos está obligando a crear nuevas maneras de pensar a fin de salvaguardar nuestro futuro. Debemos estar preparados, en el curso de los próximos años, para enfrentar serias amenazas terroristas en Europa Occidental, en el Medio Oriente y en América Latina, la mayoría de las cuales contarán con el apoyo y aun el aliento de un puñado de gobiernos despiadados.

Como usted conoce, señor Presidente, me he pronunciado públicamente en repetidas ocasiones sobre este tema, a fin de estimular la reflexión y discusión amplias de los complejos aspectos que conlleva.

En mi opinión, una estrategia encaminada a combatir el terrorismo debe incluir varios elementos:

—Nosotros y nuestros aliados debemos hacer aún mayores esfuerzos por mejorar nuestra seguridad, compartir la información, coordinar la actividad policial y colaborar de otras maneras a fin de derrotar al terrorismo internacional. Mucho se hizo el pasado año, pero mucho más queda aún por hacer.

—Estados Unidos debe pensar seriamente en las implicaciones morales del asunto. Si verdaderamente creemos en nuestros valores democráticos y en nuestro modo de vida, debemos estar dispuestos a defenderlos. Es poco probable que las medidas pasivas resulten suficientes; se deben considerar medios de defensa y disuasión más activos, y concedérseles el apoyo político necesario.

—Finalmente, al tiempo que trabajamos sin descanso para no concederles oportunidades y medios a los terroristas, podemos —y debemos— mostrar una absoluta firmeza en no concederles los objetivos que persiguen. Tratan de chantajearnos para que variemos nuestra política exterior, o para expulsarnos

de países y regiones donde tenemos importantes intereses. Esto no lo podemos permitir; no podemos ni ceder nuestras posiciones ni abandonar a amigos o responsabilidades cuando se nos aplica este tipo de presión. Si les concedemos a los terroristas incluso una sola victoria, los estaremos alentando a proseguir, al tiempo que desmoralizamos a aquellos que confían en nosotros y que contribuimos a hacer del mundo un lugar todavía más peligroso.

Existe aquí, por supuesto, un tema más amplio que también he analizado en varias apariciones públicas. Se trata de la cuestión básica de la utilización del poderío norteamericano en defensa de nuestros intereses, y de la relevancia de nuestro poderío como trasfondo de nuestra diplomacia.

El problema se refleja, por ejemplo, en los llamados “desafíos de la zona gris”, o por decirlo de otra manera, en los conflictos y crisis regionales y locales que muy probablemente persisten en un mundo turbulento, y que aunque no llegan a convertirse en una guerra importante, afectan relevantes intereses occidentales. De hecho, la mayoría de los conflictos fundamentales que han tenido lugar a partir de 1945 han tenido su origen en conflictos de este tipo, surgidos en los países en desarrollo. El fin del orden colonial no trajo consigo la paz y la justicia universales: buena parte del mundo en desarrollo se encuentra desgarrado por la continua lucha entre las fuerzas de la moderación y las del radicalismo; y esta lucha es activamente explotada y exacerbada por la Unión Soviética.

Es absurdo pensar que Estados Unidos puede ignorar estos retos. En nuestro mundo existen una gran inestabilidad potencial y muchos posibles peligros. Como se afirma comúnmente, vivimos en un planeta que se hace cada vez más pequeño, y en un mundo en que se incrementa la interdependencia. Nos resultan de la mayor importancia el bienestar de la economía mundial y las condiciones generales de la seguridad global; la libertad y la seguridad de nuestros prójimos siempre pesará sobre nuestra conciencia moral. No todas estas cuestiones afectan intereses vitales, pero eso no obsta para que una acumulación de éxitos en los retos planteados no lleguen a provocar un cambio adverso fundamental en el equilibrio geopolítico.

Debemos ser sabios y prudentes a la hora de decidir cómo y dónde utilizar nuestro poderío. Evidentemente, el curso de acción que preferimos es el de brindar asistencia económica y de seguridad a aliados y amigos, y que esta asistencia tiene una crucial importancia para nuestra política exterior; el empleo directo de fuerzas norteamericanas debe ser siempre un último recurso. Estados Unidos siempre buscará soluciones políticas a los problemas, pero esas soluciones nunca tendrán éxito a menos que exista una resistencia a la agresión y que la diplomacia esté sustentada por la fuerza. Nuestra preparación en términos de disuadir una agresión nuclear soviética total es

razonablemente buena —siempre que llevemos adelante la modernización estratégica— pero tenemos que garantizar estar igualmente bien preparados, tanto física como psicológicamente para estos retos intermedios.

PAZ, PROGRESO Y LIBERTAD

Señor Presidente, me he referido a una amplia variedad de tópicos, de los cuales pueden extraerse dos conclusiones básicas de la mayor importancia.

En primer lugar, creo que existe una unidad esencial del pueblo norteamericano en torno a cuál debe ser el orden del día para el futuro inmediato. Se trata de objetivos ampliamente compartidos y de tareas que muy probablemente reforzarán otra tendencia importante: el resurgimiento de un consenso nacional acerca de los elementos esenciales de nuestra política exterior.

Esta puede ser, de hecho, la tendencia más positiva de todas, dado que muchas de nuestras dificultades de la última década han sido, en gran medida, producto de nuestras divisiones internas. Confío, señor Presidente, en que nuestros dos partidos y nuestras dos ramas del gobierno encontrarán las formas de cooperar en este espíritu, lo que fortalecería enormemente a nuestro país en relación con las nuevas oportunidades y retos que he descrito.

En segundo lugar, señor Presidente, todos los tópicos diversos a los que he hecho referencia están íntimamente relacionados. El presidente Reagan lo señalaba en su discurso ante las Naciones Unidas en septiembre pasado.

Estados Unidos lucha en pro de la paz y la seguridad; luchamos en pro del progreso económico; tratamos de promover la libertad, la democracia y los derechos humanos. La manera convencional de pensar trata estos temas como categorías separadas de actividad. En realidad, como hemos visto, cada vez más personas reconocen que existe una profunda conexión entre ellos. Y esto tiene importantes implicaciones para el futuro.

Por ejemplo, no es accidental que las relaciones y alianzas internacionales más cercanas y duraderas de Estados Unidos sean las que mantiene con las democracias hermanas.

Esos vínculos con la Comunidad Atlántica, con Japón y con otros amigos democráticos son duraderos precisamente porque descansan sobre una base moral y no sólo sobre la base de intereses estratégicos. Cuando George Washington les aconsejaba a sus compatriotas no comprometerse en alianzas permanentes, su actitud estaba influida por el hecho de que en sus tiempos casi no existían democracias similares a la nuestra. Estábamos entre los primeros, y teníamos razones de peso para temer involucrarnos con otros países que no compartían nuestros principios democráticos. De cualquier modo, actualmente

definimos nuestros intereses estratégicos en términos que abarcan la seguridad y el bienestar del mundo democrático.

De modo similar, como ya hemos analizado, cada vez más y más personas comprenden que el progreso económico está relacionado con un ambiente político de apertura y libertad. Algunos solían pensar que el socialismo resultaba el modelo adecuado para los países en desarrollo, porque la planificación centralizada ofrecía más posibilidades de movilizar y distribuir recursos en condiciones de escasez. Se pensaba que la experiencia histórica de Europa Occidental y América del Norte, industrializadas en épocas de poca actividad gubernamental en esta esfera, no era relevante. Sin embargo, las más recientes experiencias del Tercer Mundo demuestran que el papel dominante del gobierno en las economías en desarrollo ha tendido a ahogar las fuerzas naturales de la producción y la productividad y a distorsionar una eficiente distribución de los recursos.

El verdadero motor del crecimiento, tanto en los países en desarrollo como en los industrializados, ha resultado ser el dinamismo natural de las sociedades que minimizan la planificación centralizada, que se abren al comercio con el mundo y que dan rienda suelta al talento, el esfuerzo y las decisiones sobre riesgos e inversiones de los individuos.

Por último, ciertamente existe una relación entre el progreso económico, la libertad y la paz mundial. Andrei Sakharov ha dicho: “Estoy convencido de que la confianza internacional, la comprensión mutua, el desarme y la seguridad internacional resultan inconcebibles sin una sociedad abierta que incluya la libertad de información, la libertad de conciencia, el derecho a publicar y el derecho a viajar y a escoger el lugar de residencia. Estoy convencido también de que la libertad de conciencia, junto a otros derechos civiles, proporciona tanto la base para el progreso científico como la garantía contra su utilización en detrimento de la humanidad.”

La implicación de esta declaración es profunda: se trata de que los valores occidentales de libertad y democracia, que algunos se han apresurado a tachar de culturalmente limitados, o irrelevantes, o superados, no pueden ser tan fácilmente desechados. Su obituario es prematuro. Estos valores son la fuente de nuestra fuerza, tanto económica como moral, y han resultado más centrales al futuro del mundo de lo que muchos se imaginan.

Después de más de un siglo en que ha estado de moda la mitología marxista acerca del determinismo económico y de la “crisis del capitalismo”, la clave del progreso humano resulta ser los propios conceptos occidentales de libertad política y económica que los marxistas proclamaban obsoletos. Se equivocan. Hoy por hoy —suprema ironía— es el sistema comunista el que muestra una bancarrota moral y económica.

Occidente ha sobrevivido y resurge pujante.

Y así, al final, la más importante nueva manera de pensar que requiere esta década es nuestra manera de pensar en nosotros mismos. Las civilizaciones prosperan cuando creen en sí mismas; declinan cuando pierden esta fe. Todas las civilizaciones enfrentan una multitud de problemas, pero toda sociedad tiene más probabilidades de vencer estos retos en vez de ser derrotada por ellos, si conserva la confianza esencial en que vale la pena defender los valores que la caracterizan. Esta es la esencia de la revolución iniciada por Reagan y del liderazgo que el Presidente ha tratado de proporcionar a Estados Unidos.

Durante la última década, o quizás un poco más, Occidente ha atravesado un período difícil. Pero la situación ha dado un giro, la próxima fase de la revolución industrial —como todas las fases previas— se ha originado en el mundo democrático, donde se permite a la innovación y la creatividad surgir del espíritu humano libre. Si trabajamos de común acuerdo, podremos extender a todos los beneficios de la revolución tecnológica.

Y en todos los continentes —desde Nicaragua hasta Cambodia, desde Polonia hasta Sudáfrica y hasta Afganistán—, vemos que el ansia de libertad es la más poderosa fuerza política del planeta.

Por ello, cuando nos encaminamos hacia el siglo XXI, las democracias tienen causa para alabar su sistema, sus creencias y su éxito. Enfrentamos retos, pero estamos en situación de vencerlos. Se están reanalizando las opiniones acerca de cuál de los sistemas marca la pauta del futuro. Si conservan la unidad y la fe en sí mismas, las naciones libres tienen la ventaja económica, tecnológica y moral.

La historia está del lado de la libertad.

LA INICIATIVA DE DEFENSA ESTRATÉGICA PREFACIO PRESIDENCIAL

Desde el advenimiento de las armas nucleares, cada Presidente ha procurado minimizar el riesgo de la destrucción nuclear manteniendo fuerzas de defensa efectivas para disuadir la agresión y buscando acuerdos complementarios de control de armamentos. Este enfoque dio resultados.

Nosotros y nuestros aliados tuvimos éxito en impedir la guerra nuclear, al tiempo que protegimos la seguridad occidental durante casi cuatro décadas.

Originalmente dependimos de fuerzas defensivas y ofensivas para la disuasión. Pero durante los últimos veinte años, Estados Unidos casi abandonó los esfuerzos para desarrollar e instalar defensas contra las armas nucleares, dependiendo casi exclusivamente de la amenaza de represalia nuclear.

Aceptamos la noción de que si nosotros y la Unión Soviética éramos capaces

de responder con poder devastador incluso después de absorber un primer ataque, perduraría un elemento disuasivo estable. Ese concepto más bien nuevo pareció sensato en su época por dos razones.

Primero, los soviéticos declararon que creían que ambos bandos debían tener fuerzas aproximadamente iguales y que ninguno de ellos debía tratar de alterar el equilibrio para conseguir ventajas unilaterales. Segundo, no parecía existir ninguna alternativa. El grado de progreso tecnológico en sistemas ofensivos no permitía un sistema defensivo eficaz.

Estas dos suposiciones básicas han sido puestas en duda en la actualidad. El ritmo de armamentismo ofensivo y defensivo soviético ha perturbado el equilibrio en las áreas de la mayor importancia durante las crisis. Más aún, ahora hay disponibles nuevas tecnologías que podrían hacer posible una defensa no nuclear verdaderamente eficaz.

Por estas razones, y debido al potencial destructor pavoroso de las armas nucleares, debemos procurar otros medios para disuadir la guerra. Es necesario tanto militar como moralmente. Ciertamente, debería haber una manera mejor de robustecer la paz y la estabilidad. Una manera de alejarse de un futuro que depende tanto de la perspectiva de una represalia nuclear rápida y masiva y hacia una dependencia mayor en sistemas defensivos que no amenacen a nadie.

El 23 de marzo de 1983 anuncié mi decisión de dar un importante primer paso hacia esta meta ordenando el establecimiento de un programa de investigaciones amplio e intenso, la Iniciativa de Defensa Estratégica, dirigida a eliminar eventualmente la amenaza presentada por los misiles balísticos con carga nuclear.

La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) es un programa de investigación vigoroso enfocado en tecnologías defensivas avanzadas con el propósito de encontrar una base mejor para disuadir la agresión, fortalecer la estabilidad y aumentar la seguridad de los Estados Unidos y de nuestros aliados. El programa de investigación IDE brindará a un futuro Presidente y a un futuro Congreso el conocimiento técnico requerido para respaldar una decisión sobre si emprender o no el desarrollo y despliegue posterior de sistemas defensivos avanzados.

Al mismo tiempo, Estados Unidos está comprometido a negociar acuerdos igualitarios y verificables que traigan reducciones reales en el poder de los arsenales nucleares de ambos bandos. Con este fin, mi gobierno ha propuesto a la Unión Soviética una serie amplia de propuestas de control de armamentos. Estamos trabajando incansablemente por el éxito de estos esfuerzos, pero podemos y debemos ir más allá en tratar de fortalecer la paz.

Nuestra investigación bajo la Iniciativa de Defensa Estratégica complementa nuestros esfuerzos de reducción de armamentos y ayuda a allanar el camino para crear un mundo más estable y seguro. la investigación que estamos emprendiendo es consecuente con todas nuestras obligaciones de tratados, incluyendo el tratado de misiles antibalísticos de 1972.

A corto plazo, el programa de investigación IDE también responde al actual y extenso esfuerzo soviético de misiles antibalísticos (MAB), que incluye su despliegue efectivo. Brinda un elemento disuasivo poderoso de cualquier decisión soviética de ampliar su capacidad de defensa de misiles balísticos más allá de lo permitido por el tratado MAB. Y, a largo plazo, tenemos confianza en que la IDE será un medio crucial por el cual tanto Estados Unidos como la Unión Soviética puedan acordar con seguridad reducciones muy profundas, y eventualmente, incluso la eliminación de misiles balísticos y de las armas nucleares que transportan.

Nuestros intereses vitales y los de nuestros aliados están vinculados inseparablemente. Su seguridad y la nuestra es la misma. Ellos también dependen de nuestras fuerzas nucleares para disuadir un ataque contra ellos.

Por lo tanto, mientras buscamos la promesa ofrecida por la Iniciativa de Defensa Estratégica, seguiremos trabajando estrechamente con nuestros amigos y aliados, aseguraremos que, en el caso de una decisión futura de desarrollar y desplegar sistemas defensivos —una decisión en la que jugará una parte importante la consulta con nuestros aliados—, será realzada la seguridad aliada, así como de los Estados Unidos, contra una agresión.

A través del programa de investigación IDE he convocado a los grandes talentos científicos de nuestro país para que ayuden a la causa de la paz mundial haciendo impotentes y obsoletos a los misiles balísticos.

En suma, propongo canalizar nuestra capacidad tecnológica hacia la construcción de un mundo más seguro y estable. Y deseo subrayar que al ejecutar este programa de investigación, Estados Unidos no busca ni superioridad militar ni ventaja política, nuestro único propósito es buscar la forma de reducir el peligro de guerra nuclear.

Les pediría a ustedes que a medida que examinen las páginas siguientes recuerden que está en juego la calidad de nuestro futuro y que reflexionen sobre lo que estamos tratando de lograr: el fortalecimiento de nuestra capacidad para preservar la paz mientras nos alejamos de nuestra dependencia presente de la amenaza de represalia nuclear. También les pediría que consideren el programa de investigación IDE a la luz tanto de los amplios esfuerzos actuales de la Unión Soviética en esta área como de la responsabilidad constitucional de nuestro gobierno de proveer la defensa común. Espero que concluirán prestando su propio respaldo fuerte y sostenido

a este esfuerzo de investigación, un esfuerzo que puede resultar crítico para el futuro de nuestra nación.

LA INICIATIVA DE DEFENSA ESTRATÉGICA DEL PRESIDENTE

“¿Qué pasaría si la gente libre pudiera vivir segura con el conocimiento de que su seguridad no depende de la amenaza de represalia instantánea de Estados Unidos para disuadir un ataque soviético, de que pudiésemos interceptar y destruir misiles balísticos estratégicos antes de que alcancen nuestro suelo o el de nuestros aliados?”. (Cita del discurso del presidente Reagan del 23 de marzo de 1983).

LA VISIÓN DEL PRESIDENTE

En su discurso del 23 de marzo a la nación, el Presidente describió su visión de un mundo libre de su abrumadora dependencia de las armas nucleares, un mundo libre de una vez para siempre de la amenaza de guerra nuclear. La Iniciativa de Defensa Estratégica en sí misma no puede concretar plenamente esta visión ni resolver todos los desafíos de seguridad que nosotros y nuestros aliados encararemos en el futuro; para esto necesitaremos buscar muchas soluciones, tanto políticas como tecnológicas. Tenemos por delante un camino largo, con mucho trabajo duro. El Presidente cree que debemos comenzar ahora. La Iniciativa de Defensa Estratégica es un primer paso crucial. La seguridad básica de Estados Unidos y de nuestros aliados descansa en nuestra capacidad colectiva para disuadir la agresión. Nuestras fuerzas nucleares de represalia ayudaron a lograr esta seguridad y disuadieron de la guerra durante casi 40 años. Desde la Segunda Guerra Mundial no se usaron armas nucleares: no hubo un conflicto militar directo entre las dos potencias más grandes del mundo, y Europa no ha visto un período de paz tan extensa desde el siglo pasado. El hecho es, sin embargo, que carecemos de defensa contra un ataque de misiles balísticos nucleares, y, a medida que el programa de armamentismo soviético amplía el desequilibrio en capacidades ofensivas claves, introduciendo sistemas cuya condición y características son más difíciles de confirmar, aumenta considerablemente nuestra vulnerabilidad y la de nuestros aliados al chantaje. En el caso de un fracaso del elemento disuasivo, el único recurso de un Presidente sería rendirse o responder al ataque. La represalia nuclear, ya sea masiva o limitada, resultaría en la pérdida de millones de vidas.

El Presidente cree firmemente que debemos encontrar una manera mejor de asegurar un elemento disuasivo creíble. Si aplicamos nuestro gran talento científico y de ingeniería al problema de la defensa contra misiles balísticos, existe una posibilidad muy real de que los futuros presidentes puedan impedir

la guerra por otros medios que no sean la amenaza de devastación contra cualquier agresor, y por medios que no amenacen a nadie.

El objetivo del Presidente, y su desafío a nuestros científicos e ingenieros, es identificar los problemas tecnológicos y encontrar las soluciones técnicas, de manera que tengamos la opción de usar el potencial de la defensa estratégica para brindar un medio más estable y eficaz de mantener a Estados Unidos y a nuestros aliados a salvo de la agresión y la coerción. El estado mayor conjunto, muchos científicos respetados y otros expertos creen que con un liderazgo firme y financiamiento adecuado, los adelantos recientes en las tecnologías de defensa pueden hacer obtenibles esas defensas.

QUÉ ES LA INICIATIVA DE DEFENSA ESTRATÉGICA DEL PRESIDENTE

El Presidente anunció su Iniciativa de Defensa Estratégica en su discurso a la nación del 23 de marzo de 1983. Su propósito es identificar las formas de explotar los recientes adelantos de la tecnología de defensa de misiles balísticos que tienen potencial para fortalecer el elemento disuasivo, aumentando por lo tanto nuestra seguridad y la de nuestros aliados.

El programa está destinado a responder a una cantidad de interrogantes científicas y de ingeniería fundamentales que deben resolverse antes de que pueda evaluarse plenamente la promesa de esta nueva tecnología.

El programa de investigación IDE brindará a un futuro Presidente y a un futuro Congreso el conocimiento técnico necesario para respaldar una decisión a comienzos de la década de 1990 acerca de desarrollar e instalar o no tales sistemas defensivos avanzados.

La IDE, como programa amplio de investigación, no se basa en una noción única o preconcebida de lo que debería ser un sistema de defensa eficaz.

Se están examinando una serie de conceptos diferentes que involucran una amplia gama de tecnologías. Ningún concepto o tecnología individuales han sido identificados como los mejores o los más apropiados. Varias tecnologías no nucleares encierran la promesa de tratar eficazmente con los misiles balísticos.

Confiaremos, sin embargo, que las tecnologías que se están haciendo disponibles en la actualidad podrían ofrecer la posibilidad de brindar una defensa escalonada, una defensa que usa diversas tecnologías para destruir misiles atacantes en cada fase de su vuelo.

— Algunos misiles podrían ser destruidos poco después del lanzamiento, mientras queman sus motores y propulsan sus ojivas nucleares hacia el espacio. Al destruir los misiles durante esta fase de propulsión, también podríamos destruir al mismo tiempo todas las ojivas nucleares que

transportan. En el caso de los misiles balísticos intercontinentales, probablemente serían destruidos antes de salir del territorio del agresor.

— Luego, podríamos destruir las ojivas nucleares sobrevivientes a la fase de propulsión atacándolas en la etapa siguiente. Durante esta fase apuntaríamos al dispositivo instalado en la parte superior del misil que se usa para distribuir las ojivas durante el proceso de liberación de la carga. Al destruir este dispositivo, el vehículo de pospropulsión podemos destruir todas las ojivas que no fueron soltadas todavía.

— Las ojivas nucleares que fueron soltadas y sobrevivieron viajan decenas de minutos por el vacío espacial en su trayectoria balística hacia sus objetivos. Aunque ahora tendríamos que localizar, identificar y destruir a las propias ojivas nucleares individuales esta fase de vuelo a mitad del curso relativamente larga nos vuelve a ofrecer tiempo para explotar las tecnologías avanzadas para hacer precisamente eso.

— Finalmente, las ojivas nucleares que sobrevivan las capas exteriores de defensa podrían ser atacadas durante la fase terminal cuando se aproximan al fin de sus vuelos balísticos.

El concepto de una defensa escalonada podría ser extremadamente eficaz debido a que las capas progresivas podrían funcionar juntas para brindar muchas oportunidades de destruir proyectiles nucleares atacante s mucho antes de que se aproximen a nuestro territorio o al de nuestros aliados.

Un oponente que encuentre varias capas separadas de defensa encontraría difícil rediseñar sus misiles y sus ojivas nucleares para penetrar todas las capas. Más aún, las defensas durante las fases de propulsión, pospropulsión y mitad del curso del vuelo de los misiles balísticos no hacen distinción sobre los blancos de los misiles atacantes. Simplemente destruyen las ojivas nucleares atacantes, y en ese proceso protegen a la población y a nuestro país. La eficacia combinada de la defensa brindada por las capas múltiples no necesita suministrar ciento por ciento de protección a fin de realizar significativamente el elemento disuasivo. Sólo necesita crear incertidumbre suficiente en la mente de un agresor potencial con respecto a su capacidad de tener éxito en los propósitos de su ataque. El concepto de una defensa escalonada ciertamente ayudará a conseguir esto.

Hubo adelantos tecnológicos considerables desde que se desarrollaron por primera vez las defensas de Estados Unidos contra misiles balísticos en, la década de 1960. En la época en que se firmó el Tratado MAB (1972), las perspectivas de defensa contra misiles balísticos se confinaban grandemente en el ataque a las ojivas nucleares durante la fase terminal de su vuelo usando misiles interceptores con carga nuclear. Desde entonces, las nuevas

tecnologías en surgimiento ofrecen la posibilidad de opciones no nucleares para destruir misiles y las ojivas nucleares que transportan en todas las fases de su vuelo. Las nuevas tecnologías podrían permitir una defensa escalonada al proporcionar: sensores para identificar y rastrear misiles y ojivas nucleares; interceptores adelantados, con base en tierra y en el espacio, y armas de energía dirigida para destruir misiles y ojivas nucleares; y la tecnología para permitir el comando, control y comunicaciones necesarios para operar una defensa escalonada.

En el planeamiento del programa de investigación IDE decidimos deliberadamente considerar ampliamente la defensa contra misiles balísticos en la forma en que podría aplicarse a través de todas estas fases del vuelo de los misiles: propulsión, pospropulsión, medio curso y terminal.

Aunque es demasiado pronto para definir completamente las tecnologías o aplicaciones individuales que últimamente resultarán más eficaces, semejante enfoque escalonado maximiza la aplicación de tecnología en desarrollo y encierra la posibilidad de destruir ojivas nucleares bastante antes de que alcancen el territorio de Estados Unidos o de nuestros aliados.

Como el presidente Reagan dejó en claro al comienzo de este esfuerzo, el programa de investigación IDE será consecuente con todas las obligaciones de tratados que tiene Estados Unidos, incluyendo el Tratado MAB.

Los soviéticos, que estuvieron y están mejorando el único sistema de misiles antibalísticos existente en el mundo (instalado en torno a Moscú), prosiguen un programa de investigación de tecnologías tradicionales y de misiles antibalísticos avanzados que estuvo en desarrollo durante muchos años. Pero si bien el Presidente ordenó que el esfuerzo de Estados Unidos sea conducido de una manera consecuente con el Tratado MAB, la Unión Soviética casi ciertamente está violando ese Tratado al construir un gran radar de pronta detección de misiles balísticos en Siberia (en Krasnoyarsk), que está ubicado y orientado de una manera prohibida por el Tratado. Este radar puede contribuir significativamente al potencial considerable de la Unión Soviética de expandir rápidamente su capacidad instalada de defensa de misiles balísticos.

Estados Unidos ofreció discutir con la Unión Soviética las implicaciones de las tecnologías de defensa que se están explorando en ambos países.

Semejante discusión sería útil para ayudar a aclarar la comprensión de ambas partes de la relación entre fuerzas ofensivas y defensivas y para aclarar los propósitos de los programas soviético y norteamericano. Más aún, este diálogo podría conducir a un acuerdo para trabajar juntos hacia una relación estratégica más estable que la existente en la actualidad.

¿POR QUÉ LA IDE?

IDE y disuasivo: la responsabilidad primaria de un gobierno es proveer la seguridad de su pueblo. La disuasión de la agresión es el camino más cierto para asegurar que nosotros y nuestros aliados sobrevivamos como naciones libres e independientes. El propósito central del programa IDE es brindar una base mejor y más estable para un disuasivo realzado.

Bajo el programa IDE estamos conduciendo una investigación enfocada en tecnologías defensivas avanzadas con el propósito de aumentar la base del elemento disuasivo, fortalecer la estabilidad y por lo tanto aumentar la seguridad de Estados Unidos y de nuestros aliados. El Presidente ha declarado en muchas ocasiones su firme convicción de que “no se puede ganar una guerra nuclear, y nunca debe ser librada”. La política de Estados Unidos siempre fue disuadir de la agresión y seguirá siéndolo aunque se tome una decisión en el futuro de instalar sistema defensivos.

El propósito de la IDE es robustecer el disuasivo y reducir el nivel de las fuerzas nucleares.

Los sistemas defensivos son consecuentes con la política de disuasión, tanto histórica como teóricamente. Aunque para nuestro disuasivo estratégico hoy dependemos casi exclusivamente de la amenaza de represalia con fuerzas ofensivas, ese no siempre fue el caso. A través de la década de 1950 y la mayor parte de la de 1960, Estados Unidos mantuvo una extensa red de defensa aérea para proteger el Norte de América de un ataque de fuerzas de bombardeo soviéticas. En esa época esta red formaba parte importante de nuestra capacidad de disuasión. Se permitió que declinara sólo cuando el énfasis soviético cambió a los misiles balísticos intercontinentales, amenaza contra la cual no existía previamente una defensa eficaz. Los adelantos recientes en tecnologías de defensa de misiles balísticos, sin embargo, brindan razones más que suficientes para creer que los sistemas defensivos podrían suministrar eventualmente una base de disuasión mejor y más estable.

Las defensas eficaces contra misiles balísticas tienen potencial para realizar el elemento disuasivo en el futuro de diversas maneras. Primero, pueden aumentar significativamente las incertidumbres de un agresor respecto a si sus armas penetrarán las defensas y destruirán nuestros misiles y otros objetivos militares. A un agresor potencial le será muy difícil predecir su propia vulnerabilidad frente a tales incertidumbres. Restablecerían la condición de que el ataque nunca lo dejaría mejor que antes. Será mucho menos probable que un agresor contemple la iniciación de un conflicto nuclear, incluso en circunstancias de crisis, mientras carece de confianza en su capacidad para triunfar.

Tales incertidumbres también servirán para reducir o eliminar el incentivo de ser el primero en atacar. Los MBIC (misiles balísticos intercontinentales) modernos, certeros, portadores de ojivas nucleares múltiples —si se los despliega en cantidades suficientemente grandes en relación con el tamaño de la estructura de fuerzas de un oponente, como hicieron los soviéticos con su fuerza de MBIC— podrían ser usados en un rápido ataque inicial para reducir la capacidad de un oponente de responder eficazmente. Las defensas avanzadas, al reducir significativamente o eliminar la capacidad de los misiles dejándolos, por lo tanto, impotentes y obsoletos como medio de respaldar la agresión, podrían suprimir estas fuentes de inestabilidad potencialmente importantes.

Finalmente, las defensas muy eficaces contra misiles balísticos, en combinación con las defensas aéreas, podrían ayudar a reducir o eliminar el aparente valor militar del ataque nuclear para un agresor. Al impedir a un agresor la destrucción de una porción significativa de nuestro país, el agresor no habría ganado nada atacando primero; de esta manera, las defensas muy eficaces podrían reducir sustancialmente la posibilidad de un conflicto nuclear.

Si tomamos las medidas prudentes y necesarias para mantener fuerzas militares fuertes y creíbles, existe toda razón para creer que la disuasión seguirá preservando la paz. Sin embargo, incluso con la mayor vigilancia, pocas cosas son absolutamente ciertas en este mundo, y un gobierno responsable debe considerar la posibilidad remota de que la disuasión pueda fracasar. Estados Unidos y nuestros aliados carecemos en la actualidad de defensa contra un ataque de misiles balísticos. También tenemos una capacidad muy limitada para defender a Estados Unidos de un ataque de bombardeos enemigos. Si fracasase la disuasión, sin un escudo de cualquier clase, ello podría causar la muerte de la mayoría de nuestra población y la destrucción de nuestra nación como la conocemos. El programa IDE brinda nuestra única esperanza a largo plazo de cambiar esta situación.

Las defensas también podrían brindar seguro contra lanzamientos accidentales de misiles balísticos o lanzamientos ordenados por algún futuro líder irracional en posesión de un misil con carga nuclear. Aunque tales sucesos son improbables, no son inconcebibles. Estados Unidos y otras potencias con capacidad nuclear han implantado salvaguardias apropiadas contra lanzamientos inadvertidos por sus propias fuerzas y en su conjunto han formulado políticas para impedir la proliferación de armas nucleares. No obstante, es difícil predecir el curso futuro de los acontecimientos. Aunque tenemos la esperanza y confiamos en que nuestros mejores esfuerzos seguirán teniendo éxito, nuestros intereses de seguridad nacional serán bien servidos

por un vigoroso programa IDE de investigación que pueda brindar una salvaguardia adicional contra semejantes sucesos potencialmente catastróficos.

Nuestras fuerzas de represalia proporcionan hoy una espada fuerte para disuadir la agresión. Sin embargo, el Presidente procura una forma mejor de mantener el elemento disuasivo. Para el futuro, el programa IDE trata de proporcionar un escudo defensivo que hará más que simplemente reforzar el elemento disuasivo. Nos permitirá construir una base mejor y más estable para el disuasivo. Y, al mismo tiempo, ese mismo escudo brindará la protección necesaria en caso de que un agresor no sea disuadido.

Seguro contra el programa soviético de tecnología defensiva: aunque nos referimos a nuestro programa como la Iniciativa de Defensa Estratégica del Presidente, algunos tienen la noción errónea de que sólo Estados Unidos está procurando un énfasis mayor en sistemas defensivos, una acción unilateral de Estados Unidos que alterará el equilibrio estratégico. Ese no es el caso. La Unión Soviética siempre ha considerado la defensa como una parte central y natural de su política de seguridad nacional. Ejemplos obvios de esta prioridad son la extendida y avanzada red de defensa aérea soviética y el enorme programa de Defensa Civil.

Pero además de esto, los soviéticos estuvieron trabajando durante años en una serie de tecnologías, tanto tradicionales como avanzadas, con potencial para la defensa contra misiles balísticos. Por ejemplo, aunque dentro de las limitaciones del Tratado MAB, la Unión Soviética está mejorando actualmente la capacidad del único sistema operativo MAB que existe hoy en el mundo: el sistema de defensa MAB en Moscú.

Los soviéticos también están embarcados en la investigación y desarrollo de un sistema MAB de despliegue rápido que plantea preocupación sobre su capacidad potencial de apartarse del Tratado MAB e instalar un sistema de defensa MAB en toda la nación dentro de los próximos diez años si deciden hacerlo. Si lo hicieran, como podrían, se derrumbaría el disuasivo y no tendríamos otra alternativa que rendirnos o suicidarnos.

Además de estos esfuerzos MAB, algunos de los misiles y radares de defensa aérea de la Unión Soviética representan también una preocupación particular. La Unión Soviética ya posee una extensa red de defensa antiaérea. Con mejoras continuadas a esta red, también podría proporcionar algún grado de protección MAB a la Unión Soviética y a sus aliados del Pacto de Varsovia... y hacerlo nominalmente dentro de los límites prescritos por el Tratado MAB. Desde fines de la década de 1960 la Unión Soviética también estuvo siguiendo un programa sustancial de tecnologías defensivas avanzadas, programa que estuvo explorando muchas de las mismas tecnologías de interés para Estados

Unidos en el programa IDE. Además de cubrir una amplia gama de tecnologías avanzadas, incluyendo varios rayos láser y de partículas neutras, el programa soviético aparentemente fue mucho más grande que el esfuerzo de Estados Unidos en términos de recursos invertidos: plantas, capital y mano de obra. En efecto, durante las dos últimas décadas la Unión Soviética gastó en defensa aproximadamente tanto como lo hizo en su masivo programa ofensivo.

El programa IDE es una respuesta prudente a las muy intensas actividades soviéticas de investigación y desarrollo en este campo, y brinda un seguro contra los esfuerzos soviéticos para desarrollar e instalar unilateralmente un sistema defensivo avanzado. Un despliegue unilateral soviético de semejantes defensas avanzadas, en concierto con las masivas fuerzas ofensivas de la Unión Soviética y sus ya impresionantes capacidades de defensa antiaérea y pasiva, destruiría los cimientos en que se asentó la disuasión durante veinte años.

Al seguir la Iniciativa de Defensa Estratégica, Estados Unidos procura crear un ambiente futuro que sirva los intereses de seguridad de Estados Unidos y de nuestros aliados, así como de la Unión Soviética. Por consiguiente, si se probara resultar posible el desarrollo de una defensa altamente capaz contra misiles balísticos, imaginaríamos despliegues norteamericanos y soviéticos paralelos, cuyo resultado sería una seguridad mutua realzada y estabilidad internacional.

REQUERIMIENTOS DE UNA DEFENSA EFICAZ

Para lograr los beneficios que pueden ofrecer las tecnologías defensivas avanzadas, estas deben, por lo menos, ser capaces de destruir una porción suficiente de las fuerzas de ataque de un agresor para negarle confianza en el resultado de un ataque o negarle al agresor la capacidad de destruir una porción militarmente significativa del objetivo base que desea atacar. El nivel de capacidad del sistema de defensa requerido para lograr esos fines no puede ser determinado en este momento. dependiendo como lo hace del tamaño, composición, eficacia y supervivencia pasiva de las fuerzas norteamericanas en relación con las de la Unión Soviética.

Cualquier sistema de defensa eficaz, desde luego, debe tener capacidad de supervivencia y ser de rendimiento eficiente en relación a costos.

Para lograr el nivel requerido de supervivencia, no hace falta que el sistema defensivo sea invulnerable, pero debe ser capaz de mantener un grado suficiente de eficacia para cumplir su misión, aun ante un ataque resuelto en su contra. Esta característica es esencial, no sólo para mantener la eficacia de un sistema de defensa, sino también para mantener estabilidad.

Finalmente, en interés de desalentar la proliferación de fuerzas de misiles balísticos, el sistema defensivo debe ser capaz de mantener su eficacia contra la ofensiva a menos costo que el requerido para desarrollar contramedidas ofensivas y proliferar los misiles balísticos necesarios para superarla. Los sistemas MAB del pasado carecieron de esta capacidad esencial, pero las nuevas tecnologías en surgimiento seguidas bajo el programa IDE tienen gran potencial en este respecto.

PROGRAMAS ACTUALES

En la actualidad el disuasivo contra la agresión soviética se basa casi exclusivamente en la capacidad de nuestras fuerzas ofensivas de represalia, y es probable que esto siga siendo cierto durante algún tiempo. Por consiguiente, el programa IDE no indica de ninguna manera un alejamiento a corto plazo de la modernización de nuestros sistemas nucleares estratégicos y de alcance intermedio y de nuestras fuerzas militares convencionales. Dicha modernización es esencial para el mantenimiento del disuasivo mientras buscamos la generación de opciones de defensa tecnológicamente viables. Adicionalmente, en el caso de que un futuro Presidente tome la decisión de instalar un sistema defensivo, sería esencial tener una fuerza disuasora de represalia moderna y eficaz para la preservación de un ambiente estable mientras se hace el cambio a una base de disuasión diferente y aumentada.

CONTROL DE ARMAMENTOS

Como lo ordenó el Presidente, el programa de investigación IDE será conducido de una manera completamente consecuente con todas las obligaciones de tratados contraídas por Estados Unidos, incluyendo el Tratado MAB de 1972. El Tratado MAB prohíbe el desarrollo, prueba e instalación de sistemas y componentes MAB con base en el espacio, aire, mar, o tierra de desplazamiento propio. Sin embargo, como informó Gerard Smith, principal negociador norteamericano del Tratado MAB, a la Comisión de Fuerzas Armadas del Senado en 1972, ese acuerdo permite la investigación previa a la prueba de un sistema o componentes prototipo MAB. Esta es la clase de investigación que se realizará en el programa IDE.

Cualquier futura decisión nacional de instalar sistemas defensivos, conduciría desde luego a un cambio importante de la estructura de las fuerzas norteamericanas y soviéticas. Estamos examinando formas en las que la relación ofensa / defensa pueda ser manejada para lograr un equilibrio más estable a través del control de armas estratégicas. Sobre todo, procuramos asegurar que la interacción de fuerzas ofensivas y defensivas elimine las opciones de ataque inicial en la capacidad de cualquiera de los bandos.

Estados Unidos no considera las medidas defensivas como medio de establecer superioridad militar. Debido a que no tenemos ambiciones en este respecto, los despliegues de sistemas defensivos se harían más útilmente en el contexto de un ambiente de control de armamentos verificable, equitativo y cooperativo que regule el desarrollo e instalación de sistemas ofensivos y defensivos de Estados Unidos y de la Unión Soviética. Semejante ambiente sería particularmente útil en el período de transición de un elemento disuasivo basado en la amenaza de represalia nuclear, a través de disuasión basada en un equilibrio de fuerzas ofensivas y defensivas, al período en que se completan los ajustes de la base de disuasión y sean plenamente instalados los sistemas defensivos avanzados. Durante la transición, los acuerdos de control de armamentos podrían ayudar a establecer y administrar pautas para el despliegue de sistemas defensivos.

El programa de investigación IDE complementará y respaldará los esfuerzos de Estados Unidos para procurar reducciones verificables y equitativas de las fuerzas nucleares ofensivas a través de negociaciones de control de armamentos. Dichas reducciones aportarían una contribución útil a la estabilidad, ya sea en el ambiente disuasivo de hoyo en un potencial ambiente disuasivo futuro en el cual las defensas desempeñen un papel principal.

Una decisión futura de desarrollar e instalar defensas eficaces contra misiles balísticos podría respaldar nuestra política de procurar reducciones significativas de las fuerzas de misiles balísticos. Hasta el punto en que los sistemas defensivos puedan reducir la eficacia, y por lo tanto el valor de los misiles balísticos, también podrían aumentar los incentivos de las reducciones negociadas. las reducciones importantes a su vez servirían para incrementar la eficacia y potencial disuasivo de los sistemas defensivos.

LA IDE Y LOS ALIADOS

Debido a que nuestra seguridad está inseparablemente vinculada a la de nuestros amigos y aliados, el programa IDE no se limitará únicamente a la explotación de tecnología con potencial contra MBIC y MBIM (misiles balísticos lanzados desde el mar), sino que también examinará cuidadosamente las tecnologías con potencial contra misiles balísticos de menor alcance.

Una defensa eficaz contra misiles balísticos de menor alcance podría tener un impacto importante en disuadir la agresión en Europa. Los SS-20, *Scaleboards*, y otros misiles balísticos soviéticos de menos alcance proporcionan capacidad superpuesta para atacar a toda la Europa de la OTAN. Más aún, la doctrina soviética subraya el uso de misiles balísticos con cargas convencionales para iniciar ataques rápidos y de amplio alcance contra

objetivos militares de la OTAN a través de Europa. El propósito de esta táctica sería reducir significativamente la capacidad de la OTAN para resistir la penetración inicial del ataque de una fuerza convencional soviética y suprimir la capacidad de la OTAN para reabastecer y reforzar a sus combatientes provenientes de afuera de Europa. Al reducir o eliminar la eficacia militar de tales misiles balísticos, los sistemas defensivos tienen el potencial de realizar el elemento disuasivo no sólo contra una guerra nuclear estratégica, sino también contra ataques nuclear y convencionales contra nuestros aliados. Durante los próximos años trabajaremos estrechamente con nuestros aliados para asegurar que, en caso de una decisión futura de instalar sistemas defensivos (decisión en la que jugará una parte importante la consulta con nuestros aliados), será aumentada la seguridad aliada, así como de Estados Unidos, contra una agresión.

AFIRMACIONES Y HECHOS SOBRE LA IDE

Un factor clave ignorado por muchos críticos de la Iniciativa de Defensa Estratégica es que la IDE es un programa de investigación, no un programa de instalación de armamentos. La cuestión acerca de proceder a la instalación de un sistema de defensa de misiles balísticos efectivo se plantearía en los años por venir, cuando la investigación de IDE genere opciones de defensas eficaces que sean obtenibles y asequibles.

Los críticos de la IDE hacen muchas afirmaciones y denuncias erróneas:

Afirmación: La IDE representa un cambio radical en los conceptos fundamentales de la estrategia político-militar de Estados Unidos.

Hecho: La política de defensa fundamental de Estados Unidos y de la OTAN es evitar la guerra por medio de la disuasión. Una combinación de sistemas ofensivos y defensivos es completamente compatible con ese objetivo. El propósito de la IDE es determinar si hay tecnologías de defensa eficaces en relación al costo que puedan realizar el disuasivo e incrementar la estabilidad. Los adelantos tecnológicos tienen inevitablemente profundos efectos militares y políticos. El curso del estadista no es ignorar el avance de la tecnología, sino mirar hacia adelante para estudiar las promesas y desventajas potenciales de esos avances, especialmente en sus implicaciones para la seguridad nacional. Eso es precisamente lo que la IDE está destinada a hacer.

Afirmación: La IDE dejará indefensos a nuestros aliados y significará un regreso a la “fortaleza norteamericana”.

Hecho: El Presidente dejó en claro que ningún cambio tecnológico puede alterar ni alterará nuestros compromisos con nuestros aliados. En particular, la estrategia de respuesta flexible de la OTAN, que es la base del elemento disuasivo y de la paz en Europa, sigue siendo tan válida en la actualidad como cuando fue adoptada en 1967. El Presidente hizo explícito compromiso constante con nuestros aliados en su discurso de marzo de 1983 anunciando la IDE. Por consiguiente, la IDE se refiere a toda la amenaza de misiles balísticos, incluyendo la amenaza de los proyectiles de menor alcance a nuestros aliados.

Afirmación: Los expertos “saben” que no tiene sentido ni siquiera tratar de defenderse contra un ataque.

Hecho: La historia del desarrollo tecnológico argumenta fuertemente contra quienes formulan declaraciones categóricas de que algo es técnicamente imposible. Los adelantos en física, procesamiento de información y otros campos ofrecen amplia justificación para explorar si las tecnologías en esos y otros campos pueden ser ampliadas para defender a Estados Unidos y sus aliados. Los argumentos presentados por científicos occidentales sobre la plausibilidad de defenderse contra los misiles balísticos sólo podrán resolverse con más investigación. Este argumento es también el tema favorito de los “científicos soviéticos preocupados”, quienes aducen en Occidente que Estados Unidos debería abstenerse hasta de explorar si es posible defenderse contra sistemas nucleares ofensivos. Al hacerla, omiten cuidadosa e intencionalmente la mención de los propios esfuerzos de defensa de la Unión Soviética.

Afirmación: Estados Unidos está acelerando unilateralmente la carrera armamentista a través de la IDE.

Hecho: Como se indicó, los soviéticos ya están trabajando intensamente en tecnologías avanzadas de DMB (Defensa de Misiles Balísticos), incluyendo láser y otras armas de energía dirigida. También tienen programas activos de enfoques más convencionales a la DMB, incluyendo la mejora del sistema de misiles antibalísticos (MAB) instalado en torno a Moscú (el único sistema MAB del mundo), y la investigación y desarrollo de un nuevo sistema MAB de instalación rápida.

Estos programas soviéticos estuvieron realizándose independientemente de los esfuerzos de Estados Unidos. la mayoría estuvieron en ejecución durante muchos años antes del discurso del Presidente sobre defensa estratégica. No hay razón para creer que ahora serían interrumpidos si nosotros decidiéramos no realizar nuestra propia investigación.

Más aún, durante la última década los soviéticos incurrieron también en un armamentismo masivo en todas las categorías de armas ofensivas, a pesar de la existencia del tratado MAB y de los compromisos del tratado a reducciones correspondientes de la capacidad ofensiva (así como defensiva).

Afirmación: Una DMB sería fantásticamente cara y fácilmente negada por contramedidas.

Hecho: Las estimaciones de factibilidad tecnológica de posibles costos (incluyendo proporciones de costos ofensa / defensa) son sumamente prematuras. las afirmaciones de muchos críticos, cuando no son producto de prejuicios y distorsiones, indican un enfoque estático a cuestiones complejas de tecnología en desarrollo y disuasión estratégica, las cuales son sumamente dinámicas debido a su propia naturaleza.

Afirmación: Las defensas de misiles balísticos tienen la intención de dar a Estados Unidos capacidad de ataque inicial.

Hecho: Estados Unidos no busca una “capacidad de ataque inicial” y no intentaremos adquirirla. El Presidente ha reafirmado que no buscamos una ventaja unilateral en la DM6. De hecho, las defensas efectivas contra los misiles balísticos, al aumentar la incertidumbre que debe enfrentar un agresor potencial,

serían un elemento disuasivo poderoso para cualquiera que contemple la posibilidad de un ataque inicial.

Este elemento disuasivo a un ataque inicial podría ser aumentado aún más por reducciones de misiles balísticos ofensivos, precisamente el objetivo que estuvimos tratando de lograr en control de armamentos. El objetivo básico de Estados Unidos en control de armamentos es lograr resultados equilibrados en el nivel más bajo posible, con las fuerzas y ambos bandos desplegados de tal manera que aumente la estabilidad en caso de crisis.

El programa de modernización estratégica de Estados Unidos está destinado a proporcionar incentivos a los soviéticos para avanzar hacia ese resultado, y para aumentar el elemento disuasivo y la estabilidad ya sea que lo hagan o no.

Puede descontarse, desde luego, que los comentaristas soviéticos llamaran a cualquier arma nueva de Estados Unidos un sistema de “ataque inicial”. Incluso han aplicado el término al trasbordador espacial. Sistemas soviéticos comparables -incluyendo muchos instalados años antes que sus —contrapartes norteamericanas— nunca merecen semejante apelativo. Su discusión del programa de investigación IDE es plenamente consecuente con esta tendencia.

Afirmación: La IDE viola el Tratado MAB.

Hecho: Estados Unidos no viola ni violará sus obligaciones de tratados. El Tratado MAB permite explícitamente la clase de investigación imaginada en el programa IDE, y toda esa investigación será conducida dentro de sus limitaciones. Los críticos que afirman que la IDE violaría este u otros tratados simplemente están equivocados, a menudo debido a que están criticando un programa IDE de una naturaleza y dirección de su propia invención, más que el programa de investigación que Estados Unidos verdaderamente llevará a cabo. Más aún, los soviéticos estuvieron realizando una investigación análoga durante muchos años, ellos no calificaron a sus propios programas como violaciones del Tratado MAB, ni tampoco lo hicimos nosotros.

En contraste, la Unión Soviética está construyendo un gran radar de configuración escalonada que contribuirá a su potencial de MAB. Debido a su ubicación y orientación, este radar

constituye casi ciertamente una violación del Tratado MAB de 1972.

El Tratado MAB prevé posibles enmiendas y sesiones de revisión periódica en las cuales pueden discutirse posibles cambios.

Cuando la investigación IDE haya producido opciones específicas para desarrollar e instalar un sistema DMB, entonces abordaremos la cuestión de utilizar estos procedimientos a fin de modificar el tratado.

Mientras tanto, sin embargo, el Tratado MAB requiere específicamente a Estados Unidos y a la Unión Soviética que tomen medidas efectivas para reducir las armas nucleares ofensivas. Estados Unidos recibe con beneplácito la decisión de la Unión Soviética de regresar a esas negociaciones, que han boicoteado desde fines de 1983.

Más aún, hemos dicho repetidamente a los soviéticos que nos gustaría discutir con ellos las implicaciones de estas nuevas tecnologías defensivas en un foro de gobierno. Hemos hecho sugerencias sobre el lugar de reunión y les invitamos a aportar ideas.

Afirmación: La IDE significará la “militarización del espacio exterior”.

Hecho: La reciente propaganda soviética ha subrayado la supuesta necesidad de “impedir la militarización del espacio exterior”. En efecto, los soviéticos tuvieron plenamente desplegada un arma antisatélite (ASAT) durante más de una década: es el único sistema semejante operativo del mundo. (Estados Unidos tiene un ASAT todavía en desarrollo). A fines de la década de 1960 los soviéticos perfeccionaron un sistema orbital fraccional de bombardeo, involucrando una carga nuclear orbital, sistema que no tiene contraparte norteamericano, entonces o ahora; más aún, “la militarización del espacio” comenzó a fines de la década de 1950 cuando fueron probados los primeros misiles balísticos soviéticos. Por lo tanto, las preocupaciones profesadas por los soviéticos de impedir que Estados Unidos “militarice el espacio” son hipócritas en el mejor de los casos.

Si se adoptase en el futuro una decisión de desplegar un sistema de DMB, algunos componentes muy bien podrían tener

base en el espacio. Todo esos despliegues serían sistemas defensivos, dirigidos a impedir el uso de armas, las cuales irían a través del espacio para atacar objetivos en la tierra. Es difícil entender por qué es incorrecto incluso considerar las formas posibles de usar el espacio para impedir la devastación nuclear de la tierra.

En la actualidad hay considerables usos “militares” del espacio que ayudan directamente a mantener la estabilidad y preservar la paz. Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética, por ejemplo, usan el espacio para fines tales como la pronta detección y vigilancia de los acuerdos de control de armamentos.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE LA IDE

Pregunta: ¿Qué es la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) de la Administración, algunas veces llamada “Guerra Galáctica”? ¿Significa que hemos perdido confianza en la disuasión?

Respuesta: Nuestro disuasivo nuclear ha mantenido la paz durante casi cuarenta años. Ha impedido no sólo un conflicto nuclear sino también una confrontación militar directa entre Estados Unidos y la Unión Soviética y entre Oriente y Occidente en Europa; al mismo tiempo, como el presidente Reagan puntualizó en marzo de 1983, es importante examinar la contribución potencial de las tecnologías defensivas para ver si podemos reducir aún más el riesgo de guerra. Describió la visión que alienta su iniciativa de esta forma: “¿Qué pasaría si la gente libre pudiera vivir segura con el conocimiento de que su seguridad no depende de la amenaza de represalia instantánea de Estados Unidos para disuadir una ataque soviético; de que pudiésemos interceptar y destruir misiles balísticos estratégicos antes de que alcancen nuestro suelo o el de nuestros aliados? Esto podría conducir a un mundo más seguro y más estable en el futuro”.

La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) es un programa de investigación para seguir vigorosamente importantes tecnologías nuevas que puedan ser usadas para crear una defensa contra misiles balísticos que podrían fortalecer la

disuasión y aumentar nuestra seguridad y la de nuestros aliados. El esfuerzo de investigación está destinado a permitir a un futuro Presidente y al Congreso decidir si siguen adelante con un sistema semejante. La Iniciativa de Defensa Estratégica es plenamente consecuente con todas nuestras obligaciones de los tratados de control de armamentos.

Pregunta: ¿ Por qué la Administración sigue ahora la Iniciativa de Defensa Estratégica?

Respuestas:| Por tres razones básicas. Primera. una defensa contra misiles balísticos podría aumentar significativamente el elemento disuasivo y la estabilidad. Segundo. los recientes adelantos tecnológicos sugieren que sería posible superar las dificultades y defenderse contra misiles balísticos. Tercero. los soviéticos han estado trabajando intensamente en esta área desde hace mucho tiempo. No podemos arriesgarnos que ganen una importante ventaja tecnológica que en su momento podría ser convertida en una ventaja militar sobre nosotros. Al seguir ahora la investigación IDE aprendemos más sobre las perspectivas de defensa contra misiles balísticos y tenemos una ventaja prudente contra la posibilidad de un adelanto soviético en tecnología defensiva y una violación o abrogación del tratado MAB.

Pregunta: ¿Qué están haciendo específicamente los soviéticos en el área de defensa estratégica?

Respuesta: La Unión Soviética dedica desde hace mucho tiempo muchos más recursos financieros y humanos que nosotros a las defensas estratégicas. Los soviéticos mantienen y están mejorando el único sistema operativo de misiles antibalísticos (MAB) del mundo, que se halla instalado en torno a Moscú. Están construyendo un nuevo radar enorme de configuración escalonada en Siberia que casi ciertamente viola el Tratado MAB. Los soviéticos también están embarcados en la investigación y desarrollo de un

sistema MAB potencial que podría constituir la base de una defensa a nivel nacional si deciden seguir adelante con ese sistema; adicionalmente. Los soviéticos estuvieron siguiendo vigorosamente durante más de una década y media la investigación de tecnología avanzada — incluyendo rayos láser y de partículas neutrales— con aplicación en la defensa de misiles balísticos.

Pregunta: ¿Cuál es la diferencia entre la Iniciativa de Defensa Estratégica y ASAT?

Respuestas: Tanto la Iniciativa de Defensa Estratégica como nuestro programa antisatélite están dirigidos a aumentar el elemento disuasivo y a fortalecer la estabilidad estratégica. pero de maneras diferentes. Muchas de las tecnologías involucradas en la investigación de la Iniciativa de Defensa Estratégica y en el programa ASA T están relacionadas. Sin embargo. el programa ASA T es un esfuerzo a corto plazo para desarrollar un arma antisatélite destinada a corregir un desequilibrio militar específico. La Iniciativa de Defensa Estratégica es un programa de investigación a largo plazo para explorar el potencial futuro de la defensa contra la amenaza de misiles balísticos y para proporcionar seguridad contra cualquier potencial decisión soviética de desplegar sistemas adicionales de misiles antibalísticos (MAB).

Pregunta: ¿Está permitida la Iniciativa de Defensa Estratégica bajo los términos del Tratado MAB?

Respuesta: Sí. La Iniciativa de Defensa Estratégica es un programa de investigación. Estados Unidos, y en mayor proporción la Unión Soviética, tuvieron programas de investigación desde la firma del Tratado.

Pregunta: Cómo funcionarían las defensas contra los misiles balísticos? ¿De qué serviría contra los misiles balísticos si todavía podríamos ser atacados por bombarderos y misiles de crucero?

Respuesta:

Hay una cantidad de posibilidades que está explorando nuestro esfuerzo de investigación. Por ejemplo, una de ellas es si se pueden combinar las nuevas tecnologías para formar una red de defensa —quizás una serie de sistemas basados en diferentes tecnologías— que pueda defender contra los misiles balísticos. Semejante sistema o serie de sistemas estaría destinado a defender contra misiles balísticos en varias fases de su vuelo, o sea, durante el lanzamiento inicial, durante el curso del vuelo y cuando se aproximan a sus objetivos. Estamos enfocando la defensa contra misiles balísticos porque estos misiles, con su velocidad, breve tiempo de detección y gran capacidad destructora presentan una amenaza mayor a la estabilidad que los sistemas de vuelo más lentos como los bombarderos y los misiles de crucero. Sin embargo, también se están desarrollando esfuerzos para examinar tecnologías de defensa contra bombarderos y misiles de crucero.

Pregunta:

¿No conducirá la Iniciativa de Defensa Estratégica a otra carrera armamentista y hará aún más reacia a la URSS a reducir sus armas ofensivas?

Respuestas:

El programa de defensa estratégica soviético existió y seguirá existiendo independientemente de los esfuerzos de Estados Unidos en este campo.

En vez de estimular una nueva carrera armamentista, la Iniciativa de Defensa Estratégica de Estados Unidos complementaría nuestros esfuerzos para procurar reducciones verificables y equitativas de los arsenales nucleares ofensivos. Esta interrelación entre fuerzas ofensivas y defensivas ha sido durante mucho tiempo una consideración importante de nuestro pensamiento estratégico y en la elaboración de acuerdos de control de armamentos. Hasta el punto en que la investigación IDE tenga éxito y conduzca a la capacidad de defensa de misiles

balísticos, esos misiles perderían mucho de su valor ofensivo. Eso, a su vez, aumentaría los incentivos de ambos bandos para reducir grandemente la cantidad de misiles balísticos.

Pregunta: ¿Cree que un sistema de defensa de misiles conduciría a un punto en que las decisiones vitales de defensa serían simplemente hechas por computadoras en vez del Presidente?

Respuestas: Estados Unidos siempre puso la máxima prioridad en asegurar que el control de nuestras fuerzas de disuasión permanezca en manos del Presidente. Nada de la Iniciativa de Defensa Estratégica cambiará eso. Un objetivo principal del esfuerzo de investigación de la Iniciativa de Defensa Estratégica es asegurar la máxima seguridad, dependencia y control político de cualquier sistema potencial de defensa.

Pregunta: ¿Cree que la posesión de una defensa de misiles balísticos significaría que Estados Unidos se protegería sólo a sí mismo y no a los aliados de la OTAN o Japón ya nuestros socios de seguridad del Pacífico?

Respuestas: No. Nuestro compromiso de defender a nuestros aliados permanece intacto. Aseguraremos que cualquier sistema defensivo que pudiéramos desarrollar en el futuro fortalecería la estabilidad global y la seguridad de nuestros aliados, así como la de Estados Unidos. Estamos examinando tecnologías de defensa no sólo contra misiles balísticos que puedan atacar a Estados Unidos, sino también contra los misiles balísticos de menor alcance que podrían usarse contra nuestros aliados. Estamos consultando estrechamente con nuestros aliados y otras naciones sobre la Iniciativa de Defensa Estratégica y continuaremos haciéndolo mientras este programa progrese.

Pregunta: ¿Cómo podemos justificar el gasto de miles de millones de dólares en la investigación de algo que incluso podría no construirse nunca?

Respuestas: Dados los avances realizados por la Unión Soviética en esta área, y la contribución potencial que podrían hacer las defensas estratégicas a la disuasión, el seguimiento de este programa es una inversión prudente y necesaria para asegurar nuestro futuro. Estimamos que la investigación de la Iniciativa de Defensa Estratégica costará alrededor de 26000 millones de dólares en los años fiscales desde 1985 a 1990. Alrededor de 10 dólares anuales a cada ciudadano de Estados Unidos. Si tiene éxito en prevenir la guerra y al mismo tiempo reduce la importancia y valor de los misiles balísticos, habrá demostrado ser una inversión valiosa.